JOSÉ RAMOS MARTÍN

HORMIGUITA

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

HORMIGUITA

HORMIGUITA

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ RAMOS MARTÍN

Estrenada en el TEATRO CERVANTES el día 28 de Enero de 1916

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

En memoria de mi adorado padre, dedico esta comedia al

Círculo de Bellas Artes,

como homenaje de gratitud.

José Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MATILDE	Rosario Toscano.
GREGORIA	Irene Alba.
JUSTINA	Carmen Calvo.
TELESFORA	Pilar López.
UNA SEÑORA	Josefina Infiesta.
SOCORRO	Natividad Ríos.
AMPARO	Carmen Palencia.
DON JUAN HORMIGUEIRA	Ricardo Simó-Raso.
FAUSTINO	Nicolás Perchicot.
SIDORO	Pablo Hidalgo.
PAULINO	Francisco Molinero.
BRUNO	Fernando Aguirre.
DON SEBASTIÁN	Ricardo Marchante.
UN POBRE	Gonzalo Vico.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una tienda de tejidos, situada en la calle de Toledo. Al foro derecha, escaparate con artículos propios del lugar de la acción. El resto de la pared foral lo constituye un ancho estante de varios pisos, lleno de «género». A la derecha, en segundo término, puerta que da a la calle y en el umbral de ella otro escaparate pequeño. En primer término izquierda, puerta pequeña que conduce a las habitaciones interiores. El resto de este bastidor lo forma otra estantería con piezas de tela. A la izquierda, mostrador que, arrancando desde el foro, llega hasta primer término. Algunas sillas cerca del mostrador y dos o tres arrimadas a la pared de la derecha. Al foro, casi en el centro, escritorio pequeño. Varios maniquíes con trajes de señora, cerca de la puerta de la derecha. Sobre la estantería hay un cartel en que se lee en letras muy grandes: PRECIO FIJO. Es de día, en Prima vera.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparece BRUNO barriendo la tienda. A poco sale por la derecha DON SEBASTIÁN. Bruno, dependiente de la tienda, es un muchacho de veinte años que ha venido a Madrid hace un mes escaso, procedente de Tinajas de la Sierra, su pueblo natal. Don Sebastián aparenta tener cincuenta años y lleva un traje derrotadísimo

Seb. Buenos días.

Bruno Buenos días tenga usted. (Deja la escoba y se coloca detrás del mostrador.) ¿Qué desea?

Seb. ¿Tienes un pitillo?

Bruno ¿Eh?

Seb. ¿Que si tienes un pitillo?

Bruno No señor, no fumo.

Seb. Todo sea por Dios...

Bruno Usted dirá en qué puedo servirle. ¿Quiere calzoncillos, camisetas, un chaleco de Bayona?

Seb. No te canses. No uso nada de eso. Desde hace algún tiempo he suprimido la ropa interior por artículo de lujo. Tú eres nuevo en la tienda, ¿verdad?

Bruno El viernes hará dos meses que entré.

Seb. Pues yo soy muy amigo de tu amo.

Bruno ¿De don Juan?

Seb. De don Juan Hormigueira. (Se sienta al lado del mostrador.) De Hormiguita, como le llamamos cariñosamente los que le conocemos de antiguo.

Bruno Ah, pues le da mucha rabia que le llamen así.

Seb. Ya lo sé. Pero es el apodo que le va mejor. Todo lo que tiene lo ha reunido como la hormiga, grano a grano. Él supo lo que se hacía, mientras que yo, igual que la cigarra, cantando

pasé el verano entero
sin hacer provisiones,
allá para el invierno.

En fin, lo hecho, hecho está. ¿Quieres hacerme el favor de llamar a tu amo? (Se levanta.)

Bruno ¿Quién digo que le busca?

Seb. Un amigo... No, un amigo no, porque tal vez se escame... Dile que le espera un señor...

Bruno (Asomándose a la puerta de la izquierda.) Don Juan, don Juan... ¡Aquí le espera un... señor!...

Seb. (Frotándose los ojos con un pañuelo.) Así, los ojos encarnados, dan mucho carácter. Parece que he estado llorando toda la mañana.

ESCENA II

DICHOS. A poco DON JUAN que sale por la izquierda. Juan es el dueño de la tienda. Representa tener unos cincuenta años. Viste zamarra obscura y lleva zapatillas de paño

Juan ¿Quién?... Ah, ¿eres tú?

Seb. No, no soy yo, Juan.

Juan ¿Qué dices?...

Seb. El Sebastián a quien tienes delante no es el Sebastián a quien tú conocías, el que derrochó en poco tiempo la fortuna que le dejaron sus tíos.

Juan Y se bebió la bodega que le dejó su padre.

Seb. Tienes razón; pero te advierto que aquel Sebastián ha muerto.

Juan Pues Dios le haya perdonado. ¿Qué es lo que quieres?

Seb. Que me escuches.

Juan Está bien, pero te advierto que si vienes como de costumbre con la pretensión de darme un sablazo, te equivocas.

Seb. ¡Un sablazo! (Con dignidad.) Me ofendes, Juan.

Juan Bueno, bueno, pues habla.

Seb. ¿Te molestará que me siente?

Juan No.

Seb. Entonces, sentémonos. (Se sientan los dos.) Ante todo, ¿cómo estás?

Juan Bien, y tú...

Seb. Yo... (Indicándole sus ropas.) Mira cómo estoy...

Juan (Levantándose rápidamente.) Sebastián, has dicho que no venías a darme un sablazo...

Seb. Hombre...

Juan Acabas de amagarme.

Seb. Perdona que te diga...

Juan A otra cosa.

Seb. Tienes razón, dejemos a un lado mis tristezas, ya que por lo visto te tienen completamente sin cuidado. ¿Y tu hijo?

Juan Bien. Allá dentro está.

Seb. Por tu mujer no te pregunto, porque ya sé que eres viudo...

Juan Desde hace veinte años.

Seb. ¡Veinte años!... ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Nos vamos haciendo viejos, chico!

Juan (Ofendido.) Yo no.

Seb. Es verdad. Te conservas admirablemente; pero no es extraño. Tú no tienes que pasar privaciones, mientras que yo...

Juan Mira, Sebastián...

Seb. Hombre, ¿será posible que ni siquiera escuches mis desventuras?

Juan No quiero que me metas el corazón en un puño. De todo lo que te pase tú te tienes la culpa. Ese es el castigo de tus locuras.

Seb. Pero es un castigo tremendo, Juan. ¡Si yo te pintara el cuadro que presenta mi casa!...

Juan No, no me lo pintes.

Seb. Vivo en una guardilla trastera, sin más muebles que una mesa, tres sillas, una cama y un retrato de Pablo Iglesias en la pared.

Juan Bueno, bueno...

Seb. Mis dos chicos tienen que acostarse en el suelo y yo tengo que dormir con mi mujer... ¡Horrible, horrible!...

Juan Mira, ahorrémonos palabras inútiles. Desde que has empezado me he supuesto en lo que vas a parar. En pedirme un duro. No es eso?

Seb. (Con dignidad.) Juan, Juan...

Juan ¿Qué?

Seb. (Con mucha naturalidad.) Eres muy listo.

Juan Pero en esta ocasión te has equivocado.

Seb. ¿Cómo?

Juan Yo lo siento mucho, pero no puedo darte ni un céntimo.

Seb. ¿Será posible?

Juan Los tiempos están cada vez peores... El negocio no da más que para ir tirando... Y a pesar de que muchos crean otra cosa, todo mi capital es lo que ves, las existencias de la tienda...

Seb. Y una casa en la calle del Tribulete, Juan...

Juan Mentira, mentira...

Seb. Y un solar en los Cuatro Caminos..

Juan No es cierto.

Seb. Y bastantes miles de pesetas en el Banco de España.

Juan Repito que no es verdad.

Seb. Vas a negármelo a mí que te conozco desde hace tantos años, que sé lo que este comercio da de sí y lo que eres tú, en lo respective al ahorro; una hormiguita.

Juan Te engañas; pero aunque eso fuera cierto, ¿tú crees, insensato, que yo tengo mis ahorrillos para prestárselos al primero que entra por la puerta?...

Seb. Te lo pido por mis tres hijos.

Juan Y yo te lo niego.

Seb. Hormiguita, tienes el corazón de hormigón.

Juan Lo celebro mucho.

Seb. Está bien. Ni una palabra más. Ya me suponía yo esto.

Juan Entonces no sé para qué has venido.

Seb. Porque creí que te enternecerías cuando te hablase de mis chicos... ¡Y éste es un amigo de la niñez!...

Juan Déjame en paz.

Seb. Sí, me voy, me voy. Así se te vuelvan víboras los billetes.

Juan ¡Sebastián!

Seb. Permita Dios que por cada duro que tienes, te salga un grano donde yo diga. (Vase furioso.)

ESCENA III

JUAN y BRUNO

Juan No lo verán tus ojos... Sinvergüenza, sablista. (Se pasea irritado.) ¡Que tengo dinero, que tengo dinero!... Y si lo tengo ¿qué le importa a nadie?... Me lo he ganado yo con mi trabajo.. Hormiguita, Hormiguita, ya le daría yo Hormiguita... (Encarándose con Bruno.) ¿Y tú, qué haces?

Bruno Yo... nada.

Juan ¿Has barrido ya la tienda?

Bruno Sí, señor.

Juan (Fijándose en unos papeles que hay en el suelo.) ¿Que has barrido ya la tienda?

Bruno Creo que sí.

Juan ¿Y esos papeles?... ¡A coger inmediatamente la escoba!...

Bruno En seguida. (Se pone a barrer.)

Juan ¡Qué modo de limpiar!... El día que vuelva a ver un papel en el suelo, te planto en la calle.

ESCENA IV

DICHOS y FAUSTINO. Es el hijo de Juan. Representa unos veintitres años. Sale por la izquierda

Faus. Buenos días, papá.

Juan Hola, hijo.

Faus. ¿Con quién reñías?

Juan Con éste, que es un holgazán de siete suelas...

Bruno Pero si yo...

Faus. Me pareció oir una voz extraña...

Juan Ah, sí; la de Sebastián.

Faus. ¿Ha estado aquí Sebastián?

Juan Sí, aquí ha estado.

Faus. ¿Y qué quería?

Juan Lo de siempre. Dinero. Se ha creído sin duda que uno tiene la obligación de auxiliarle; pero en esta ocasión se ha marchado con las manos vacías.

Faus. Como la otra vez.

Juan Es verdad, tampoco le dí nada.

Faus. Ni la otra, ni la otra...

Juan Ah, ¿crees que hago mal en negarle lo que me pide?

Faus. No. A ese no hay que hacerle caso cuando viene contando lástimas. Es un farsante. Lo sabe todo el mundo.

Juan Pues se ha insolentado conmigo... ¡Y me ha llamado Hormiguita!... ¡Hormiguita, Hormiguita!...

ESCENA V

DICHOS y UNA SEÑORA que entra por la puerta del foro

Señ. Buenos días.

Juan Buenos días...

Señ. ¿Me hacen ustedes el favor de enseñarme paños negros para traje de señora?

Juan Sí. Bruno, despacha.

Bruno En seguida. (La Señora se acerca al mostrador y habla en voz baja con Bruno, que en el transcurso de esta escena irá sacando piezas de tela que deja allí hasta que forman un buen montón)

Juan (A Faustino.) Y todavía, si se hubiese contentado con poco; pero no: ¿cuánto dirás que se ha atrevido a pedirme?

Faus. ¡Qué sé yo!...

Juan Un duro... Tú figúrate... ¡Cinco pesetas!... ¡¡Cincuenta perras gordas!! Y quería que yo... Y encima me insulta... Buenos están los tiempos para derrochar y buenos estamos

los comerciantes para no mirar ahora más que nunca el valor del dinero.

Faus. Y tú eres quien menos puedes quejarte.

Juan ¿Por qué?

Faus. Esta tienda es una de las que más vende de la calle de Toledo.

Juan ¿Qué sabes tú lo que venden las otras?

Faus. ¡Vaya si lo sé!

Juan ¿Ah, te has convencido ya de que esto da lo suyo?

Faus. Nunca lo he puesto en duda.

Juan Entonces, ¿a qué vino el hablarme anoche como me hablaste y el proponerme aquello?

Faus. No se hable más del asunto.

Juan Al contrario. Quiero dejarte convencido de lo equivocado que estás.

Faus. Si yo...

Juan Sería una verdadera locura que abriésemos otra tienda. El que mucho abarca, poco aprieta... Y además, a mí no hay quién me saque de entre estas cuatro paredes.

Faus. Ya te he dicho que yo me pondría al frente de ella. Toda mi ilusión es tener un comercio mío.

Juan Para cerrarlo a los cuatro días.

Faus. ¡Bah!...

Juan Tú no sabes lo que costaría sostenerlo. En esa clase de tiendas hace falta mucha luz en los escaparates y mucha luz en el cajón de los cuartos. Y en cuánto a la ilusión de tener un comercio tuyo, ya lo tienes. ¿Para quién va a ser éste sino para ti el día en que yo cierre el ojo... y ojalá tarde mucho tiempo en cerrarlo?

Faus. Ojalá.

Juan Por eso, no seas ambicioso y bendice tu suerte que no es poca. Tú todo te lo has encontrado hecho, mientras que yo tuve que ganarme palmo a palmo lo poco que he logrado juntar.

Faus. Yo tengo otras aspiraciones.

Juan Pues no te consiento que las tengas... Bien sé lo que esos comercios que tú sueñas dan de sí... No entran más que señoras encopetadas que después de revolver toda la tienda, no se llevan nada.

Señ. (A Bruno.) ¿O sea que el último precio es veinticinco pesetas?

Bruno Sí, señora.

Señ. Bueno, pues lo pensaré y si me decido a comprarlo, pasaré por aquí. Adiós...

Bruno ¡Vaya usted con Dios!... (Vase la Señora.)

Juan (A Bruno.) ¿Pero no se lleva nada?

Bruno No, señor.

Juan No sabes despachar.

Bruno Pero si yo...

Juan Si la sirvo yo, al momento se marcha así...

Bruno Es que...

Juan ¡Quítate de mi vista!... Buen día se nos prepara... Todavía no nos hemos estrenado. Pronto, recoge eso...

Bruno En seguida. (Vuelve a poner las piezas de tela en su sitio.)

ESCENA VI

DICHOS y GREGORIA que entra por la puerta del foro. Es la criada de la casa: una mujer de rompe y rasga que cuenta sus cerca de cuarenta años aunque ella asegure que aún no ha llegado a los treinta. Al brazo trae la cesta de la compra

Greg. Buenos días.

Juan Vamos, ya era hora de que volviera usted. ¡Desde las nueve que se ha ido a la compra!...

Greg. No me riña usted, señor. No sabe usted como está esa plaza de la Cebada. Es un hormiguero. Cerca de un cuarto de hora he estado para que me despachasen medio kilo de merluza. ¡Así estaba el puesto!... (Con cómica coquetería.) Y luego como al pescadero me parece que no le soy indiferente, pues chicoleo va y chicoleo viene, me ha entretenido más de la cuenta...

Juan Y le habrá cobrado a usted de más.

Greg. Al contrario, me ha rebajado cinco céntimos y me ha dado el peso corrido. Es muy simpático ese pescadero. Y luego en la panadería dos cuartos de lo mismo...

Juan ¿Le han rebajado a usted la libreta?

Greg. No, señor. Pero me han regalado una rosquilla tonta. (Sacándola de un bolsillo del delantal.) Mírela.

Juan (La coge y se la guarda.) Venga; me la tomaré de postre.

Greg. Bueno, cómasela usted. A mí las tontas no me hacen mucha gracia. (Se asoma a la puerta.) Don Juan, haga usted el favor de venir aquí.

Juan (Acercándose.) ¿Qué pasa?...

Greg. ¿Ve usted a aquél joven que está parado en la acera de enfrente?

Juan Sí.

Greg. Me ha venido siguiendo desde la Fuentecilla.

Juan Déjeme usted en paz. (Se separa.)

Greg. Jesús, qué genio. ¡No se incomode usted conmigo que no es para tanto!...

Juan No puede usted tener la lengua quieta ni un minuto.

Greg. Para eso nos la ha dado Dios, para que hablemos, y los ojos para que veamos y nos pongamos alegres al mirar un día tan hermoso como el de hoy. Porque no se puede usted figurar el sol que hace... Una verdadera mañana de primavera... Ay, si yo tuviera el dinero que usted, ahora mismo me marchaba al Retiro y...

Juan Nada, que no dice usted más que tonterías... Jesús qué mujer... Es capaz de irritar a un santo... (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII

GREGORIA, FAUSTINO y BRUNO

Greg. ¿Pero usted ha visto, señorito Faustino?

Faus. Se ha levantado de mal humor.

Bruno Ya lo creo: en menos de cinco minutos me la he cargado dos veces.

Faus. Aun le dura el enfado de anoche. Se incomodó mucho conmigo.

Greg. ¿Por lo que le dijo usted de abrir otra tienda?...

Faus. Ah, ¿se lo ha contado?

Greg. No; ni yo he querido preguntarle nada. No soy curiosa.

Faus. Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

Greg. Porque lo escuché todo detrás de la puerta. Pero no es por eso por lo que su padre anda de mal talante desde hace unos días. No es por cuestión de aquí (*Señalando al bolsillo.*) sino de aquí. (*Señalando al corazón.*)

Faus. ¿Eh?

Greg. Cómo, ¿será posible que no haya usted notado nada?...

Faus. ¿De qué?

Greg. Ay, cuando yo digo... es usted más cándido que Bruno.

Bruno Oiga usted...

Faus. No sé a qué se refiere.

Greg. ¿De veras?

Faus. De veras.

Greg. Pues se lo voy a decir a usted sin rodeos. El pan, pan y el vino, vino... ¿Le molestaría a usted mucho que su padre volviera a casarse?

Faus. Muchísimo; pero...

Greg. Ande usted con ojo porque hay moros en la costa; mejor dicho, moras... y maduras.

Faus. Pero mi padre...

Greg. Yo creí que lo había usted notado. Está que bebe los vientos por doña Matilde.

Bruno ¿Por la viuda?

Greg. La misma.

Faus. No puede ser, no puede ser.

Greg. ¿Quiere usted pruebas?...

Faus. Imposible.

Greg. Doña Matilde viene a esta tienda con mucha frecuencia.

Faus. Siempre a comprar algo...

Greg. Que nunca paga, que se lleva dejándolo a deber. Ahí están sus cuentas que no me dejarán mentir... Cuentas que don Juan no ha mandado a cobrar nunca...

Bruno (*Dirigiéndose al escritorio.*) Ahí están... Y una es de Enero y suma setenta y cinco pesetas. (*Saca las cuentas.*)

Greg. Y su padre no tiene mucha prisa por cobrarlas... ¿Qué tal?

Faus. (A Bruno.) Guarda eso... (Bruno vuelve a guardar las cuentas.)

Greg. Yo tendré pocas narices; pero tengo un olfato... Ahora está de mal humor porque ella no viene por aquí desde hace ocho días...

Faus. Razón de más para creer que no es verdad lo que usted piensa.

Greg. O que quiere hacerle sufrir un poco.

Faus. Tiene razón papá. Habla usted mucho y no se fija en lo que dice.

Greg. ¿Cree usted que le engaño?

Faus. Creo que se equivoca usted. No es posible que mi padre piense en doña Matilde.

Greg. ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que están en combinación la madre y la hija para atrapar al amo.

Faus. (Incomodado.) Bueno, basta de conversación.

Greg. Sí, señor, ya callo. Yo he cumplido con mi deber avisándole.

Faus. Gracias.

Greg. (A Bruno.) ¡Ay, Bruno, antes de tres meses vamos de boda!

Faus. Lo que es eso... En cuanto note yo algo hablaré con mi padre.

Greg. No es por ahí, porque como no tiene usted valor para imponerse, no bien le diga el señor cuatro cosas le dejará convencido...

Faus. Es que además la hablaré a ella...

Greg. Eso es otra cosa. Usted recíbala fríamente los primeros días y luego se lo larga... Lo mismo a la madre que a la hija...

Faus. Sí, sí, es verdad. El primer día que vengan por aquí estaré con ellas hasta grosero.

Greg. Bravo, así me gusta. ¡Es usted todo un hombre! Voy a ver si se ha marchado mi conquista. (Se acerca a la puerta y mira por allí.) Calle... Señorito Faustino... Ni avisada.

Faus. ¿Qué?

Greg. Mire usted quién viene por allí.

Faus. ¡Justina!

Greg. La misma que viste y calza...

Faus. (A Bruno.) Tú, avisa a mi padre.

Greg. Al contrario. Ahora mismo puede usted empezar la batalla. ¡A ver cómo se porta!

Faus. Es que...

Greg. Yo le ayudaré... Y tú, Bruno, ya lo sabes, todos muy secos... ¡Muera la intrusa!
Faus. Chist.

ESCENA VIII

DICHOS y JUSTINA. Es una jovencita muy guapa y muy simpática. Aparenta tener dieciocho años y en su voz y en sus modales se adivina su timidez

Jus. Buenos días.
Faus. ¿Cómo está usted? (Muy amable. Gregoria tose para advertirle.)
Jus. Bien, ¿y usted?
Faus. (Con fingida sequedad.) Bien, gracias.
Jus. ¿No está su padre?
Faus. Sí, allá arriba.
Greg. (Rápidamente.) No. Ha salido.
Faus. ¿Estás segura de que ha salido?
Greg. Sí.
Faus. (Muy amable.) Pues entonces... no está.
Jus. ¡Vaya por Dios!...
Greg. Y no sabemos a qué hora volverá...
Jus. ¡Vaya por Dios!...
Faus. ¿Le quería usted dejar algún recado?...
Jus. No. Yo venía de parte de mamá a comprar dos varas de tela rica... (Pausa.) De tela rica... Dos varas...
Greg. (Bajo a Faustino.) ¿Pero ha visto usted qué descaro? Verá usted que pronto la despacho de aquí...
Faus. No. Yo me encargaré de despacharla. (A Justina.) Conque dos varas de tela rica, ¿verdad?
Jus. Sí, señor.
Faus. Pues yo se las despacharé. (Se dirige al mostrador y empieza a despacharla.)
Jus. Muchas gracias... Es usted muy amable...
Greg. (A Bruno.) ¿Pero tú ves, Bruno?
Bruno No se atreve...
Greg. ¡Jesús qué carácter!
Faus. (Mostrando a Justina la tela.) Esta es muy buena.
Jus. Sí, no parece mala.
Faus. Es excelente.

Jus. Lo que hace falta es que sea de duración. Es para hacerme unas chambras.

Faus. La dará muy buen resultado. Es especial para ropa blanca... Porque como es blanca...

Jus. Sí, ya lo veo... Aquí tienen ustedes muy buenos géneros.

Faus. Sí, señora, sí... Bueno, ¿la corto?

Jus. Sí... (Faustino mide y corta.)

Greg. ¿Pero se lleva la tela?

Bruno Ya ve usted.

Greg. ¡Jesús, qué hombre!... ¡No se atreve a nada!...

ESCENA IX

DICHOS y JUAN por la izquierda

Juan ¡Justina!...

Jus. Buenos días, don Juan. No sabía que estaba usted en la tienda.

Juan ¿Por qué no me habeis avisado?

Bruno Como se puso el señorito Faustino a despacharla.

Jus. Sí.

Juan ¿De compras, eh?...

Jus. Sí, me llevo dos varas de tela blanca. (A Faustino.) ¿Cuánto es?

Faus. Dos pesetas.

Juan ¿De qué marca le has dado? ¿M H O?...

Faus. No, como me ha dicho que era para ropa interior me ha parecido más apropósito T B O...

Juan Pues es a dos diez.

Jus. Es lo mismo. Me ha encargado mamá que se lo pongan ustedes a la cuenta.

Juan Está bien.

Jus. Luego pasará ella por aquí a comprar no sé qué cosas.

Juan ¿Ah, va a venir?

Jus. Sí, cuando vaya a misa. En fin, no canso más. Queden ustedes con Dios...

Juan Adiós, Justina...

Jus. Hasta otro rato... (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

DICHOS menos JUSTINA

Juan (Dirigiéndose al escritorio y apartando de allí a Gregoria que está apoyada en él.) ¡Quítese usted de ahí!... ¡Siempre ha de estar usted en medio!...

Greg. (Separándose.) ¡Vaya, ya me la he cargado yo también!...

Juan Escucha, Faustino.

Faus. ¿Qué quieres?

Juan Antes de que se me olvide vas a ir al Crédito a recoger esta letra de cien pesetas.

Faus. Pero si hasta las seis de la tarde hay tiempo.

Juan No importa, vete ahora. Toma el dinero... (Le da un billete.) Así te das un paseíto... Dice Gregoria que hace una mañana hermosa.

Greg. Hermosísima.

Juan Te vas dando un rodeo por la calle Mayor y tomas el sol... Te sentará muy bien.

Faus. Volveré pronto...

Juan No te des prisa. Aquí estamos Bruno y yo para despachar a los que vengan.

Faus. Bueno. (Coge la gorra.) Hasta luego. (Vase por la derecha.)

Juan Anda con Dios. (A Gregoria.) ¿Y usted, qué hace?

Greg. Estoy esperando a que me tome usted la cuenta.

Juan Que te la tome Bruno. Yo en seguida bajo... (Hace mutis por la izquierda frotándose las manos con alborozo.)

ESCENA XI

GREGORIA y BRUNO

Greg. ¡Pero qué poca vergüenza!... Estoy indignada, Bruno.

Bruno ¿Por qué?..

Greg. ¿A ti te parece bonito lo que está haciendo el amo?

Bruno Pchs, en último caso, ¿qué nos importa a nosotros?

Greg. A ti no te importará; pero a mí sí. Después de cinco años de estarle sirviendo como le he servido, verme en la calle... Porque en cuanto se case, doña Matilde será el ama.

Bruno Claro.

Greg. Y entrará en la cocina y lo gulusmeará todo y querrá que yo la obedezca...

Bruno Es natural.

Greg. Pues no. Yo no consentiré nunca que se imponga otra mujer en esta casa. Pediré la cuenta y me marcharé.

Bruno (Deseando cortar la conversación.) Bueno, dígame usted lo que ha traído de la compra.

Greg. Déjame en paz. ¡Ay, qué tiempo más hermoso he perdido en esta casa!

Bruno ¿Por qué?...

Greg. Yo me entiendo, Bruno. Los hombres no sabeis apreciar lo que teneis a vuestro lado. Ya ves tú, salgo a la calle y todos son a echarme flores y, sin embargo, aquí nadie me ha dicho: por ahí te pudras.

Bruno ¿La tomo la cuenta?

Greg. Sí, hombre, sí.

Bruno Pan...

Greg. Cuarenta y ocho céntimos. Bueno, no vayas a pensar por esto que te digo que yo estoy quejosa porque don Juan no haya puesto los ojos en mí. ¡Lo que me sobran son hombres!... El zapatero del veintitres está loco por mis pedazos.

Bruno Carne.

Greg. Una peseta. Y en cuanto yo le diga que sí, me lleva a la Vicaría... Lo mismo que el sereno y el fumista... Aparte de varios otros a quienes sé yo que les gusto y que no me lo dicen porque no se atreven..

Bruno Merluza...

Greg. (Pausa corta.) Escucha, Bruno, ¿no te has dejado tú alguna novia en el pueblo?

Bruno No.

Greg. ¿De veras?

Bruno De veras.

Greg. ¿No te gustaba ninguna moza de allí?

Bruno Hombre, como gustarme... ¡La Zoila es muy

simpática!... Pero como yo pensaba venir a Madrid a colocarme, ¿pa qué iba a perder el tiempo en noviajos?

Greg. Hiciste bien. Tú puedes aspirar a más que a una paleta... Y lo que debes hacer es aplicarte para luego poder ir a otra tienda donde ganes más y casarte el día mañana.

Bruno ¿Casarme?

Greg. Es natural. El hombre debe tener a su lado una mujer hacendosa que le cuide. ¿Has visto qué bien te he planchado los cuellos esta semana? ¡Mira que están bien planchados!...

Bruno Sí. Pero ande, vamos a echar pronto la cuenta no baje el amo y nos riña.

Greg. ¡Ay, Bruno!

Bruno ¿Qué?

Greg. Nada.

Bruno ¿Qué otra cosa pongo?

Greg. (Con mucho cariño.) Corazón ..

Bruno ¿Corazón?... Ah, sí, para el gato.

Greg. Sí, para el gato. Cinco céntimos.

Bruno ¿Qué más?... (Pausa.)

Greg. ¿Sabes en lo que me estoy fijando, Bruno?

Bruno ¿En qué?

Greg. En que es una lástima que no procures afinarte un poco.

Bruno ¿Yo?

Greg. Sí, tú. Llevas dos meses en Madrid y aún tienes el pelo de la dehesa.

Bruno Pero si yo...

Greg. Ya, ya sé lo que vas a decirme. En esta casa sólo se han preocupado de que aprendieras a despachar... Cada cual está a lo suyo... Pero a mí me has sido muy simpático y voy a ver si consigo quitarte en pocos días ese aire de paleto. ¿Quieres?

Bruno Bueno.

Greg. ¿Al amo cómo le llamas?

Bruno ¿Cómo le voy a llamar? Don Juan.

Greg. Aquí en Madrid, al dueño de la tienda los dependientes le llaman abuelo...

Bruno ¿Abuelo?

Greg. Sí.

Bruno Está bien.

Greg. Y como ya conoces de qué pie cojea el se-

ñor, para hacerte simpático procura que vea que tienes interés en cobrar pronto las cuentas atrasadas, no rebajes ni cinco céntimos sin su permiso y procura que el que viene a comprar aquí no se vaya con las manos vacías.

Bruno Sí, sí...

Greg. Y como te digo una cosa te digo otra. No vuelvas a hacer lo que el domingo pasado.

Bruno ¿Qué hice?

Greg. Estarte aquí toda la tarde. Eso no te lo agradece nadie. Además, ya que es el único día que tienes libre debes aprovecharlo.

Bruno Es que como no conozco a nadie me aburro por ahí solo.

Greg. Me conoces a mí, hombre. Mira, el domingo que viene nos vamos los dos juntos a los Cuatro Caminos.

Bruno ¿A los Cuatro Caminos?

Greg. Sí. Entraremos en un merendero y nos pasamos toda la tarde bailando.

Bruno ¿Con quién?

Greg. (Con mucho mimo.) Tú conmigo y yo contigo.

Bruno La voy a dar a usted muchos pisotones.

Greg. Los sufriré con gusto... ¡Ay, Bruno!...

Bruno ¿Qué más pongo?

Greg. Calabacines, treinta.

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA MATILDE. Este personaje aparenta tener unos treinta y cinco años. Es una jamona muy apetitosa. Viene con mantilla y en la mano trae un libro de misa

Mat. Buenos días.

Greg. (A Bruno.) Ya está aquí la prójima.

Bruno Buenos días.

Mat. ¿No está el amo?

Bruno Sí, señora.

Mat. Hágame el favor de avisarle.

Greg. (A Bruno.) Deja, yo le llamaré. Luego acabaremos de echar la cuenta. No comprendo cómo le ha vuelto loco esta mujer a don Juan. A mí no me llama la atención.

Bruno — A usté no; pero a él sí.

Greg. — ¡Ay!.. (Haciéndole un mimo.) Hasta luego, Brunito. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIII

DOÑA MATILDE y BRUNO. A poco JUAN, que sale por la izquierda hecho un brazo de mar. Se ha rizado el bigote y viste el traje de los días de fiesta

Mat. — ¿Quién le despachó antes a mi hija?

Bruno — El señorito Faustino.

Mat. — Ah, ¿fué el señorito Faustino?

Bruno — Sí, señora.

Mat. — Está bien. (Sale Juan.)

Juan — ¡Doña Matilde!

Mat. — ¡Don Juan!... ¿Va usted de boda?

Juan — Nò, ¿por qué?

Mat. — Como le veo a usted tan majo.

Juan — No se burle.

Mat. — Si no es burla... Digo, digo, pues no está usted poco elegante. Ese traje debe ser para cuando repican gordo, ¿verdad?

Juan — ¡Doña Matilde!...

Mat. — No me lo niegue usted. Me lo ha dado en la nariz.

Juan — ¿El qué?

Mat. — El olor que suelta a naftalina...

Juan — Siempre tan burlona. Me lo he puesto porque tengo que ir luego a hacer una visita. ¿No quiere usted sentarse?

Mat. — Gracias. (Se sientan los dos.) Sólo voy a estar cinco minutos. Tengo que ir a la Dirección de Clases Pasivas, a cobrar los veinte duros de la viudedad, que es lo que más me revienta...

Juan — (Asombrado.) ¿La revienta a usted coger dinero?

Mat. — Me fastidia tener que estar en la cola para que me lo den. Pero en fin, qué vamos a hacerle. Estas son las contrariedades que tenemos que sufrir las que estamos solas en el mundo... (Con naturalidad.) ¡Ay, si mi esposo viviera no tendría yo que ir a cobrar la viudedad!

Juan — Claro.

Mat. — ¿Y usted qué dice?... ¿Está de mejor humor que el último día que nos vimos?

Juan — ¿Estaba yo de mal humor?

Mat. — Ya lo creo. Había usted reñido a Bruno por no sé qué cosa.

Juan — Ah, sí, es verdad, porque no se toma ningún interés por la tienda...

Bruno — Yo...

Juan — Lo mismo le da que se cobren las facturas o no. (Bruno se dirige al escritorio y busca entre las cuentas.)

Mat. — Vamos, no hay que incomodarse. El pobre chico lleva poco tiempo aquí y aún no está al corriente de ciertas cosas... Pero yo le aseguro a usted que se toma interés. ¿No es cierto, Bruno?

Bruno — Ya lo creo. (Alargando a doña Matilde tres o cuatro cuentas.) Aquí tiene usted sus cuentas.

Juan — (Arrebatándolas violentamente de manos de Bruno.) Trae acá eso. ¡Eres un imbécil!... Doña Matilde, perdone usted... Este mastuerzo...

Mat. — (Fingiendo no dar importancia al incidente.) No, si no tiene nada de particular.

Bruno — (Sin saber qué decir.) Yo creí... Como me había aconsejado antes Gregoria y ahora usted me decía...

Juan — No acabarás de aprender nunca. (Se dirige al escritorio y saca una factura que entrega a Bruno.) Toma. Ya que tanto afán tienes porque paguen las facturas atrasadas...

Bruno — No, si yo...

Juan — Vete ahora mismo a cobrar esta.

Bruno — ¿La de don Gaspar?

Juan — Sí. Anda, volando.

Bruno — Es que... Recuerde usted que la última vez que estuve en su casa me dijo que si la volvía a llevar me iba a romper un ala.

Juan — Esa no es cuenta mia... Haz lo que te mando.

Bruno — Sí, sí... (Coge la gorra.)

Juan — Y no te vuelvas sin cobrarla...

Bruno — Está bien... Perdone usted, señora... Perdone usted... (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA MATILDE y JUAN

Juan ¿Pero ha visto usted?...
Mat. Ha hecho usted mal en reñirle.
Juan ¿Por qué?
Mat. El pobre chico ha cumplido con su obligación... Yo estoy avergonzada... Esas cuentas...
Juan (Las estira muy cuidadosamente.) Calle usted, por Dios... Ha sido una torpeza suya...
Mat. No, no... Yo debía... Pero usted se hará cargo; con veinte duros al mes... Aunque une quiera... Ya casi no me acuerdo de lo que le debo a usted...
Juan Ni yo tampoco.
Mat. Creo que son doscientas pesetas.
Juan (Rápidamente.) Doscientas veintitrés con setenta y cinco céntimos.
Mat. Repito que estoy avergonzada.
Juan No hay motivo... Yo no tengo ninguna prisa por cobrar. Puede usted pagarme cuando quiera... El mes que viene... Dentro de dos meses .. ¡O de mes y medio!...
Mat. Sí, sí, lo antes que pueda.
Juan Y ahora vamos a hablar usted y yo aquí solitos de una cosa que me interesa mucho.
Mat. Usted dirá.
Juan Doña Matilde, ¿qué le ha ocurrido a usted para no venir por esta casa en quince días? ¿Se incomodó usted conmigo la última vez que estuvo?...
Mat. Incomodarme, no; pero...
Juan ¿Pero qué?
Mat Me dijo usted unas cosas... me habló usted de una manera que, vamos que... no me gustan ciertas bromas.
Juan ¿Bromas? La hablé a usted en serio.
Mat. ¿En serio?
Juan Sí.
Mat. ¿O sea que está usted enamorado de mí?
Juan Sí, señora.
Mat. ¿Desde cuándo?

Juan — Desde el primer día que entró usted por esa puerta.

Mat. — ¿Será posible?

Juan — Vino usted a comprar dos varas de cretona y la rebajé cinco céntimos, ¿no se acuerda?...

Mat. — Me deja usted parada... Yo nunca podía sospechar que usted me quisiera.

Juan — Pues la quiero a usted, y lo mismo que la dije a usted el otro día la repito hoy.

Mat. — ¿Me llevaría usted al altar?

Juan — Correspondiéndome usted, desde luego. Yo le aseguro que si usted se casaba conmigo, yo me casaba con usted.

Mat. — Eso lo dice usted ahora.

Juan — Y siempre.

Mat. — Eso lo dice usted ahora; pero en cuanto lo piense un poco, cuando eche usted sus cuentas...

Juan — ¿Cree usted que no lo he pensado?

Mat. — Creo que se deja usted llevar del primer impulso. Si reflexiona verá que no le convengo.

Juan — ¡No sé por qué?

Mat. — Porque no. Yo no estoy sola en el mundo. Tengo una hija... Y de dinero no hay que hablar. Dejaría de cobrar la pensión el día en que me casara.

Juan — No me importa.

Mat. — Le importaría a usted luego, porque le preocupa a usted demasiado el valor del dinero.

Juan — Tratándose de usted, no. Se lo he demostrado varias veces. Recuerde usted lo de la cretona.

Mat. — No me convence.

Juan — Le aseguro que estoy enamorado como un chiquillo. Cuando creí que ya no podría querer a ninguna mujer, la conocí a usted y volví a sentirme joven y me miré al espejo .. y me dió rabia verme con canas. Tal vez por eso me desprecia usted.

Mat. — No, eso no. Yo tampoco soy una niña. Ando muy cerca de los treinta y cinco.

Juan — Pero no tiene usted ninguna cana.

Mat. — Porque me las arranco.

Juan — Yo he cumplido cincuenta.

Mat. — La mejor edad. La segunda juventud.

Juan ¿Entonces?...

Mat. No se canse usted. Ya le he dicho que no congeniaríamos. Luego usted tiene un hijo. ¿Cómo vería Faustino que otra mujer viniese a ocupar el puesto de su madre?

Juan No es posible que la recuerde. Y respecto a lo de que no congeniamos, está usted equivocada. Mi carácter...

ESCENA XV

DICHOS y un POBRE, por la puerta de la derecha

Pobre Santos y buenos días.

Juan ¿Eh?

Pobre ¿Hay una limosna para este pobre que no lo puede ganar?

Juan Dios le ampare. (A doña Matilde.) Pues como la decía a usted...

Pobre Tengan ustedes caridad, hermanos. Me encuentro enfermo, con seis hijos, el mayor de dos años.

Juan Que Dios le ampare.

Pobre Nunca se vean ustedes como yo me veo.

Juan ¡Qué pesadez!...

Mat. Yo no puedo escuchar lástimas. Dele usted cinco céntimos.

Juan ¿Yo?

Mat. Sí, ¡pobrecillo!...

Juan El caso es que no tengo más qué perras gordas.

Mat. Lo mismo da.

Juan ¡Qué va a dar lo mismo!... (Doña Matilde le mira.) ¡En fin, puesto que usted lo quiere!... Voy a demostrarla que no me duele el dinero. (Al Pobre.) ¿Tiene usted cambio de diez céntimos?...

Pobre No, hermano.

Juan Entonces...

Pobre Para medio panecillo.

Mat. Déselos usted, hombre.

Juan Bueno, bueno. Tenga usted, ¡para un panecillo entero!

Pobre Gracias, señor, que Dios se lo pague. (Vase.)

ESCENA XVI

DOÑA MATILDE y JUAN

Juan ¿Que Dios me lo pague?... Bueno. Ya está usted complacida.

Mat. Muchas gracias.

Juan Y lo mismo que he hecho en esto lo que usted quiere, lo haría en todo.

Mat. Vamos, vamos...

Juan Lo he pensado mucho y de hoy no pasa doña Matilde. Necesito una contestación categórica...

Mat. Es que yo...

Juan Para que pudiésemos hablar con toda libertad he mandado a Bruno a cobrar esa cuenta y a Faustino al Crédito. Aquí los dos solos, sin que nadie nos moleste, nos entenderemos muy bien. Yo, doña Matilde...

ESCENA XVII

DICHOS y TELESFORA, por la puerta del foro. La tal Telesfora es una paleta procedente de la provincia de Toledo, que aparenta tener unos cincuenta años

Tel. Güenos días...

Juan (Profundamente contrariado.) ¡Vaya por Dios'...

Tel. Tié usté paños encarnaos pa refajos.

Juan Sí, y los tengo hechos.

Tel. No, no, yo lo quiero en pieza.

Juan Con su permiso, doña Matilde. (Se dispone a despachar a Telesfora.)

Tel. Lo quiero igual que el que se llevó mi cuñada.

Juan ¿Y quién es su cuñada?

Tel. La mujer de mi marido.

Juan No la conozco.

Tel. Pues estuvo aquí hará cosa de tres meses.

Juan (Enseñándola una pieza.) Bueno, bueno... A ver si le gusta ésta.

Tel. Me paece demasiado chillona.

Juan (Sacando otra.) ¿Y ésta?...

Tel. Me paece demasiao descolorida. ¿No tié usté un término medio?

Juan Sí. (Sacando otra.)

Tel. Esta es bonita. Pero no me llena...

Juan Pues usted dirá.

Tel. ¿No tié usté más coloraos?

Juan No, no hay más que estos tres tonos...

Tel. ¿Y en verde no tié usté ninguno?

Juan Sí. (Saca dos o tres piezas.)

Tel. Esta es demasio oscura... Y ésta es demasiao clara... Y ésta, que es entre oscura y clara, no me gusta...

Juan Entonces...

Tel. ¿No las tié usté en amarillo?

Juan No. Se me han terminado. Dentro de pocos días las recibiré.

Tel. ¡Qué lástima!... Pero, en fin, qué le vamos a hacer, si no hay más... Haga usted el favor de volver a enseñarme las encarnadas.

Juan (Mostrándoselas nuevamente.) Aquí están.

Tel. ¿A cuánto pone usted la vara de ésta?...

Juan A seis reales.

Tel. Qué barbaridad... ¡Ya será algo menos!...

Juan No, señora. Aquí es precio fijo.

Tel. ¿Y qué es eso?

Juan Que no se puede rebajar ni un céntimo.

Tel. ¿Sí, verdad?... ¿Me la deja usted en tres reales?

Juan No, señora, en cinco lo menos.

Tel. Vamos, en nueve perras gordas y está bien pagao.

Juan Que no.

Tel. En noventa y cinco.

Juan No. En una veinte si lo quiere.

Tel. Si me lo deja usté en una peseta me lo llevo.

Juan No.

Tel. Pues entonces me voy.

Juan Vaya usted con Dios...

Tel. Qué barbaridá. Pues no es usté naide. ¡Qué manera de pedir!... Se cree usté que soy tonta... Como me ve recién llegá del pueblo... Pues soy más lista que usté.

Juan Bueno, bueno, si no la conviene lo deja.

Tel. Claro que lo dejo. A cualquier hora se me vuelve a mí a ocurrir entrar en esta tienda. (Vase por la derecha.)

Juan — Ay.. ¡Gracias a Dios que se ha marchado!... Me lo ha revuelto todo para no llevarse nada...

Mat. — Sí que es un poco pelma la buena mujer.

Juan — Y ahora que nos han dejado otra vez solos, vamos a lo nuestro... Yo, doña Matilde... (Sale Telesfora por la derecha.)

Tel. — ¿Le conviene a usté en una cinco?...

Juan — Que no...

Mat. — Jesús qué mujer. Déselo usted para que nos deje en paz.

Juan — Es que en una cinco pierdo dinero.

Mat. — Hágalo usted por mí.

Juan — Todo sea por usted. (A Telesfora.) En una diez.

Tel. — Güeno, por no marcharme sin ello...

Juan — ¿Cuántas varas corto?

Tel. — Pues una cuarta...

Juan — ¿Solo una cuarta?

Tel. — No necesito más. Es pa hacerme una faltriquera.

Juan — ¡Vaya por Dios! (La corta.)

Tel. — Una vara tié cuatro cuartas. ¿No?

Juan — Sí, hasta ahora sí.

Tel. — ¿O sea que le debo usté?

Juan — Treinta céntimos.

Tel. — Ahí van. (Se los da.)

Juan — Tenga usted. (Le da la tela.)

Tel. — Hasta otra y conservarse güenos. (Vase por el foro.)

ESCENA XVIII

DOÑA MATILDE y JUAN

Mat. — Yo también me voy. (Se levanta.)

Juan — ¿Cómo?... Se va usted.

Mat. — Sí, ya le he dicho que tengo que hacer muchas cosas.

Juan — ¿Y será usted capaz de irse sin contestarme nada, sin darme una esperanza siquiera?

Mat. — ¿Qué quiere usted que le diga?... A mí me es usted muy simpático; pero de eso a pensar en que pueda usted ser mi marido... Todavía no entra en mis cálculos volver a

casarme, y si al fin lo hago ha de ser muy convencida de que el hombre que me lleva el altar me quiere.

Juan ¿Duda usted de mi cariño?...

Mat. ¿Qué pruebas me ha dado usted de él?

Juan Siempre que viene a comprar la rebajo algo.

Mat. Eso lo hacen muchos comerciantes conmigo.

Juan Pero yo...

Mat. El día que me lo demuestre usted, veremos...

Juan ¿Quiere usted que se lo demuestre de una manera que no la deje lugar a dudas?

Mat. Yo...

Juan Usted me conoce muy a fondo... Sabe lo que miro el valor del dinero.

Mat. Sí.

Juan Pues voy a darle la prueba más segura, la indiscutible, la definitiva... (Coge las cuentas.) Estas son las cuentas que me debe usted. Tres... Suman 223 pesetas con 75 céntimos... Pues bien... verá usted... (Las rompe.)

Mat. ¿Qué ha hecho usted?

Juan Romperlas. ¿Y ahora? (Tira los pedazos al suelo.) ¿Qué me dice usted?

Mat. Pues yo...

ESCENA XIX

DICHOS, AMPARO y SOCORRO. Dos señoras de treinta y cuarenta años respectivamente, que entran por el foro. En seguida FAUSTINO

Amp. Buenos días.

Juan ¡Qué oportunidad!...

Soc. Haga usted el favor de sacarnos paños para hábitos del Carmen y de San José.

Juan En seguida. (A doña Matilde.) Contésteme usted, contésteme usted.

Mat. Ahora hay gente en la tienda... Ya volveré por aquí.

Juan Es que yo quiero...

Mat. Esta tarde, mañana...

Soc.	¿Pero nos despacha usted?
Juan	Sí. En seguida. ¡Doña Matilde!... (Sale Faustino)
Faus.	Buenos días.
Mat.	Buenos días.
Juan	Despacha a esas señoras.
Faus.	¡Al momento! (Se dirige al mostrador y empieza a despachar a las señoras.)
Juan	¿Qué me responde?...
Mat.	Calle usted, ahora está su hijo... Luego pasaré a darle la contestación!

ESCENA XX

DICHOS y BRUNO, por la puerta de la derecha. Entra tapándose un ojo con un pañuelo

Bruno	Ya estoy de vuelta.
Juan	¿Has cobrado?
Bruno	Ya lo creo que he cobrao. ¡Misté cómo me ha puesto este ojo don Gaspar!
Mat.	¡Pobre muchacho!...
Bruno	Le llevé la cuenta, me dijo que se la dejara, y al contestarle yo que no podía porque tenía puesto el recibí, misté lo que recibí... una bofetá que a poco me deja tuerto.
Juan	Eres un gaznápiro.
Bruno	¿Yo, agüelo?
Juan	(Indignado.) ¿Qué es eso de abuelo?
Bruno	Usted perdone; pero me ha dicho la Gregoria que le llame a usted así.
Juan	Tú me tienes que llamar como todos.
Bruno	Hormiguita.
Juan	¡Demonio! Vaya usted a cumplir con su obligación si no quiere que le rompa un ala.
Mat.	Déjele usted... Pobrecillo.
Juan	¿Volverá usted?
Mat.	A la tarde. Y no pierda las esperanzas. Adiós, Juan.
Juan	Adiós, Matilde. (Vase doña Matilde.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos DOÑA MATILDE

Juan (A Bruno, que empieza a barrer hacia la calle los pedazos de papel que don Juan arrojó antes al suelo.) ¿Pero qué haces, imbécil?

Bruno Voy a echar a la calle estos papeles.

Juan Dejá la escoba, estúpido.

Bruno Pues sí que no sabe uno cómo dar gusto.

(Juan se baja y recoge los papeles.)

Soc. (A Faustino.) ¿Qué precio tiene el corte de éste?

Faus. Doce pesetas.

Juan (Coloca los papeles encima de una silla y empieza a casarlos.) Por si acaso, por si acaso.

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de doña Matilde. Es una habitación muy alegre. El papel de sus paredes tiene matices claros. Al foro, balcón con tiestos llenos de flores y cortina blanca echada sobre la barandilla. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Al foro izquierda, sofá con dos butacas a los lados, todas con fundas blancas lo mismo que las otras sillas que hay en la habitación. Al foro derecha, una cómoda con floreros. En el centro de la escena, velador pequeño con tapete de crochet, rodeado de tres sillas. Algunos cromos de buen gusto en las paredes y varios retratos. Pendiente del techo, aparato de luz eléctrica apagado. Todo ello tiene apariencia modesta, pero está extremadamente limpio. Es de día, en verano.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparece JUSTINA cosiendo al lado del balcón. A poco óyese sonar la campanilla y hace mutis por la derecha, saliendo en seguida con PAULINO y SIDORO. Ambos son paletos. El primero aparenta unos sesenta años, el segundo unos treinta

Jus. (Dentro.) Hola, tío Paulino. ¿Qué tal, Sidoro?
Paul. ¿Cómo estás?
Jus. Muy bien. Pasen ustedes por aquí. (Salen.) ¿Cuándo han llegado?
Paul. Esta mañana a las ocho.
Jus. ¡Qué sorpresa!
Paul. No nos esperabais, ¿verdad?
Jus. No, señor.
Sid. ¿Y tu madre? ¿Dónde está tu madre?
Jus. Ha salido, pero ya no tardará en volver.

Sid. Ha salido, padre, ha salido.
Paul. Ya lo he oído, hijo.
Jus. Pues siéntesen ustedes. (Se sientan junto al velador.) Y díganme ¿a qué se debe el verles por Madrid?
Sid. (Rápidamente.) Pues hemos venido a..
Paul. (Atajándole.) A vender unas caballerías en primer lugar...
Sid. Y de paso...
Paul. A ver al tío que me compró los cerdos el año pasao pá preguntarle si le guardo los de este año...
Sid. Y después de todo eso...
Paul. A veros a vosotras.
Jus. Muchas gracias. ¡Cuánto se va a alegrar mamá cuando les vea!
Sid. (Con intención.) ¿Estás segura de que se alegrará al verme a mí?... ¿A que no se alegra?, ¿qué nos apostamos a que no se alegra?...
Jus. No sé por qué te supones otra cosa. Ya sabes que mamá te quiere mucho.
Sid. Vamos, no digas tonterías, ¿qué va a quererme?...
Jus. ¡Vaya! Siempre está hablando de su tío Paulino y de su primo Sidoro.
Sid. ¿Y qué dice de mí, y qué dice de mi?
Jus. Nada.
Sid. ¿Lo ves?... ¿Lo vé usté, padre? no dice nada.
Jus. Pero qué quieres que diga.
Sid. Nada.
Paul. Pues hace tu gusto. Y hazme el favor de callarte y de dejarme hablar a mí.
Sid. Sí, sí, hable usté, hable usté.
Jus. ¿Y qué tal están todos por el pueblo?
Paul. Muy bien. Mis hijas me han mandao que te diga que se acuerdan mucho de tí.
Jus. Yo también me acuerdo mucho de ellas. Tengo una gana de volverlas a ver... Por mi gusto hubiese ido este verano a pasarme unos días allí, pero mamá no me deja.
Sid. (Sin poder contenerse ya.) ¿Eh, padre, no la deja ir su madre? Claro, como que a Matilde la tié sin cuidao Alfar de la Reina y tós los de Alfar de la Reina.
Jus. ¡Pero Sidoro!...
Sid. Padre, o habla usté o desembucho yo, por-

que desde que entrao en esta casa estoy deseando saber la verdá. Porque como sea mentira lo que ha ido diciendo Baldomero, se va a acordar Baldomero de Sidoro. ¡Vaya si se acuerda; por estas que se acuerda!...

Paul. Válgame Dios, hijo. Eres un turbión.

Sid. Güeno, vamos al asunto.

Jus. ¡Ay! me asustan ustedes.

Paul. No es nada de particular. Chismes de los pueblos que a este le han llegao al alma.

Sid. Más allá del alma.

Paul. A ti, que eres ya una mujercita, se te puede hablar sin arrodeos. Tú ya sabes que este y tu madre tuvieron de chicos unas tonterías.

Sid. No eran tonterías, padre.

Paul. Sí que lo eran. Tus amoríos con Matilde en aquella época, fueron cosa de juego. Erais dos niños, ella tenía quince años y tú doce.

Sid. Doce y medio.

Paul. Lo mismo.

Sid. No da lo mismo da.

Paul. El noviazgo terminó cuando se vino tu madre a la Corte. Aquí se casó con el que después fué tu padre, y a mi chico, que toavía estaba enamorao y aun se hacía ilusiones, le dió una tristeza tan grande que se me puso malo y creí que se me moría.

Sid. Pero no me *morí*.

Paul. Gracias a mis cuidaos.

Jus. De todo eso ya estoy enterada. Mamá me lo ha contado muchas veces.

Paul. Pero lo que no sabes es que desde que enviudó tu madre, este invierno hará doce años, Sidoro volvió a las andadas y más entusiasmao que nunca habló a Matilde y la pidió que se casara con él.

Sid. En segundas *nuncias*.

Paul. Ella primero le dijo que aun estaba muy reciente la muerte de su marido para pensar otra boda, después que hasta que no te tuviera criada no se casaría, y así le fué dando largas al asunto sin quitarle a este chico las esperanzas; pero sin dárselas tampoco.

Sid. Y de esa manera doce años. ¡Me parece que ha sido bastante esperar!

Paul. Así las cosas, este estaba confiao en que un día u otro se decidiría tu madre a casarse con él, cuando el otro día Baldomero, el de la Segunda, que llegó de Madrid, le dijo una cosa...

Sid. Me dijo una cosa...

Paul. Le dijo una cosa, que vamos que...

Jus. ¿Qué te dijo?...

Sid. Pues que a tu madre la había salido aquí otro novio que podía ser tu agüelo y que estaba muy entusiasmá con él.

Jus. ¿Ha dicho eso Baldomero?...

Sid. Sí, y a mí al oirlo se me regolvieron las tripas porque yo quiero mucho a tu madre, muchísimo, con toa mi alma; pero si güelve a casarse, aunque su marido sea ya viejo y no dure mucho, no estoy dispuesto a esperar otra vez a que se la muera. De modo que haz el favor de decirnos toda la verdad

Jus. ¿Toda la verdad?... (Pausa corta.) Ay, tío Paulino; ay, Sidoro...

Paul. ¿Qué pasa?

Sid. ¿Y pregunta usted que qué pasa? Pues que tenía razón Baldomero. ¡Maldita sea mi suerte!... (Se levanta.)

Paul. O sea que...

Jus. No les han engañado a ustedes. Yo la he hablado a mamá, la he suplicado que despreciara a ese hombre, pero todo ha sido inútil. ¡No me hace caso!... Y yo sufro mucho porque me avergüenza la idea de que mi madre vuelva a casarse.

Sid. Eso no, porque si se casara conmigo...

Jus. Con nadie. Yo no quiero que se case mamá.

Sid. ¿Y pa esto la he esperao yo doce años?

Paul. Me has dejao turulato. ¡Quién lo había de decir!... ¿Pero y quién es él?. . ¿Qué la ha dao a mi sobrina pa haberla entontecío de esa manera?. .

Jus. Es un tendero de la calle de Toledo.

Sid. Tendero tenía que ser. ¡Tengo una rabia a los tenderos!...

Paul. ¿Y qué hacemos, hijo?

Sid. Marcharnos de aquí en seguida.

Paul. (Se levanta.) Eso no, yo quiero ver a Matilde y decirla...

Sid. Vámonos, padre. Porque si la veo delante de mí no podré contenerme... (Amenazador.)

Jus. (Se levanta.) Sidoro, que es mi madre.

Sid. Y es mi prima, porra. Ala, vámonos...

Paul. Espérate que tal vez hablándola yo...

Jus. No conseguirá usted nada.

Paul. Soy su tío, el hermano de su padre.

Sid. He dicho que me voy y me voy. Si usted quiere se queda. Toma. (Da una carta a Justina.) Dale esta carta a tu madre. Se la escribí porque no pensaba venir a verla; luego se empeñó padre en que viniera y tuve que obedecerle; pero afortunadamente no la rompí. Ahí la digo cuál es la única manera de arreglarlo todo. Vámonos...

Paul. Bueno, vámonos. Dile a tu madre que ya volveremos.

Sid. Yo no.

Paul. Yo sí. Adiós, nena.

Jus. Vaya usted con Dios.

Sid. Adiós.

Jus. Adiós.

Sid. ¡Qué razón tenía Baldomero, padre!... (Vanse Sidoro y Paulino por la derecha. Justina sale con ellos y vuelve en seguida.)

ESCENA II

JUSTINA sola. A poco doña MATILDE por la derecha

Jus. ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Arregla las sillas y deja el cesto de la costura sobre la cómoda. Suena la campanilla.) ¡Ellos otra vez! (Hace mutis por la derecha y sale a poco seguida de doña Matilde.) Hola, mamá.

Mat. Hola, hija.

Jus. ¿Pero no te has encontrado al tío Paulino y a Sidoro?

Mat. No. ¿Han venido aquí?

Jus. Sí. Y te has debido cruzar con ellos en la escalera. Ahora mismo han salido.

Mat. Es que yo no vengo ahora de la calle. He entrado un momento en casa de doña Dolores.

Jus. Entonces, claro.

Mat. ¿Y desde cuándo están en Madrid?
Jus. Desde esta mañana. Han venido a hacer unos encargos y a vernos.
Mat. Pues lo siento con toda mi alma.
Jus. ¿Por qué?
Mat. Yo me entiendo. (Se quita la mantilla y la guarda en la cómoda.) ¿Y qué, que ha dicho Sidoro?
Jus. Pues ha dicho, ha dicho...
Mat. Basta, ya me supongo lo que ha dicho.
Jus. Está enterado de todo. Se lo ha contado Baldomero.
Mat. ¡Vaya por Dios!...
Jus. Pensaban haberte esperado; pero luego dijo Sidoro qne no quería verte y se han ido.
Mat. Han hecho bien. ¡Si llegan a encontrarse aquí con Juan qué situación más violenta para mi!
Jus. ¿Pero va a venir don Juan?
Mat. Sí, les he invitado a comer a él y a su hijo por ser hoy mis cumpleaños. ¿Qué, ya tuerces el gesto?
Jus. No, mamá.
Mat. Sí, hija. Afortunadamente no soy tonta. Comprendo las cosas y te advierto que me tienes muy disgustada.
Jus. ¿Por qué?
Mat. Te he mandado que estés afectuosa con don Juan y con Faustino y parece que te molesta hablar con ellos.
Jus. Pero si yo...
Mat. No tienes razón para seguir así. Don Juan es muy bueno y Faustino muy simpático.
Jus. Mamá... Sidoro me ha estado hablando de ti... Dice que está muy enamorado, que quiere casarse contigo...
Mat. ¿Y tú abogas por él?...
Jus. No; pero ya que según me dijiste el otro día tienes tus razones, que yo ignoro, para hacer lo que haces, entre Sidoro y don Juan... Vámonos al pueblo, mamá. Renuncia a la boda con Hormiguita.
Mat. De ninguna manera.
Jus. Sacrifícate por mí. (Se sienta junto al velador.)
Mat. ¿Qué sabes tú de sacrificios?... Porque te quiero con toda mi alma, porque sólo miro

por tu felicidad no me resigno a encerrarme en un poblado miserable. ¿Qué porvenir te esperaría allí? Casarte con un patán de aquellos. No, hija, no, yo sueño para ti con algo mejor que un mozo del pueblo. ¡Son todos tan brutos!...

Jus. (Con ingenuidad.) Pero algunos serán guapos.

Mat. Vamos, vamos, no digas tonterías. Lo que sentiria con toda mi alma es que volviese Sidoro cuando esté aquí don Juan.

Jus. No, no creo que vuelva. (Se levanta.) Se ha ido indignado y me ha dado esta carta para ti. (Se la da.)

Mat. ¿Una carta?

Jus. Dice que te la escribió desde el pueblo cuando no pensaba venir. Según él, ahí te explica la manera de arreglarlo todo.

Mat. No sé qué querrá arreglar ese majadero. (Se sienta junto al velador.) En fin, veamos. (La abre.) «Alfar de la Reina cinco de Junio. Estimada prima: Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres con la más completa salud que yo para mí deseo. La mía buena a Dios gracias.» (Alto.) No parece una carta escrita por un paleto, ¿verdad?

Jus. Mamá.

Mat. ¿Qué?

Jus Nada, sigue...

Mat. (Continúa leyendo.) «Prima, sabrás que la presente tiene por *ojezto*.» (Alto.) ¡Fíjate cómo pone objeto, sin b y con z!

Jus. No sabemos qué objeto será.

Mat. (Vuelve a leer.) «Tiene por *ojezto* decirte que me he enterao por Baldomero de que estás en relaciones con un viego.» (Alto.) Hombre, esto de viego...

Jus. Viejo querrá decir.

Mat. Ya me lo figuro. (Lee.) «Con un viego que tiene mucho dinero, lo cual que me ha disgustao muchísimo porque la última vez que hablamos me diste esperanzas y, como ya me había hecho ilusiones, estaba ilusionao.» (Deja de leer.) Claro. (Prosigue la lectura.) «Yo te quiero con toda mi alma y has de saber que si te casaras conmigo no pasarías privaciones, pues aunque no soy rico tengo un buen

pasar: dos viñas, una casa de labor y tres pares de mulas. Conque anímate, deja a ese *viego* y vente al pueblo donde serás la reina de mi casa, de mis viñas y de mis mulas. Esta es la última vez que te hablo de amores, si me desprecias me haré la cuenta de que te has muerto. Sabes te quiere tu primo que lo es Sidoro. Posdata. Te advierto que si te casas conmigo, mi padre me dará otra viña, otro par de mulas y un borrico. Tu primo que lo es Sidoro.» (Queda pensativa.)

Jus. ¿Qué te parece?...

Mat. Que insisto en lo dicho. Yo no me encierro contigo en un poblacho... Si estuviera yo sola en el mundo, no dudaría, o si tuvieras novio aquí en Madrid y te fueras a casar con él. Pero no tienes novio, ¿verdad?

Jus. (Rápidamente.) No, mamá.

Mat. Te lo pregunto porque como eres tan reservada para conmigo no tendría nada de particular que me lo hubieses ocultado.

Jus. No, mamá; no, mamá...

Mat. ¿Y no anda por ahí algún pretendiente que haya conseguido interesar tu corazón?

Jus. No, mamá. Si alguien te ha dicho otra cosa te ha engañado, te lo juro, mamá, te lo juro. Yo no tengo novio, no tengo pretendientes. ¡Yo no quiero a nadie!...

Mat. ¿Y para decirme eso pones esa cara?... Válgame Dios, hija. Eres tonta de capirote. (Suena la campanilla.) Abre, que llaman.

Jus. Voy. (Hace mutis por la derecha, enjugándose las lágrimas.)

ESCENA III

DOÑA MATILDE, JUSTINA y DON JUAN, que salen por la derecha. Este trae una caja de cartón en la mano

Juan ¿Se puede?

Mat. Adelante. (Pasa Juan.) ¿Pero cómo es eso, no viene Faustino?...

Juan Ha ido a afeitarse, en seguida vendrá.

Mat. Ah, bueno.

Juan (Estrechando la mano a Matilde.) Matilde, que

cumpla usted muchos años en compañía... (Casi a su oido.) en mi compañía.

Jus. ¡Ay!

Mat. Muchas gracias, don Juan...

Juan Quíteme usted el don.

Mat. (Volviendo a tenderle la mano.) Muchas gracias, Juan.

Juan Así, asi...

Mat. Siéntese usted.

Juan Antes permítame que le ofrezca este regalito por el día de su cumpleaños.

Mat. ¿Para qué se ha molestado usted?

Juan No es molestia; pero si no lo quiere...

Mat. Calle usted, por Dios, cómo voy a despreciarle a usted nada...

Juan Pensé comprar a usted un ramo de flores.

Mat. ¡Siempre tan galante!...

Juan Pero da lástima gastarse el dinero en flores. ¡Se secan en seguida!...

Mat. Eso es verdad.

Juan Claro, se gasta uno tres o cuatro reales y no luce. Lo que le traigo, creo que le gustará...

Mat. A ver, a ver...

Juan Es un recuerdo; mejor dicho, dos recuerdos. (Abre la caja y saca un par de medias de color anaranjado rabioso.) Mire usted. (Saca primero una y después otra.) Uno y dos.

Mat. Jesús.

Juan ¡Color tango!... La última moda.

Mat. Pero, por Dios, Juan.

Juan ¿Qué, no le gustan?... En el escaparate de casa las tuve expuestas tres meses y llamaron la atención.

Mat. Ya lo creo que llamarían la atención. Vamos, quite usted allá.

Juan Pues a mí me parece que son muy elegantes, ¿verdad, Justina?

Jus. (Haciendo pucheros) Yo no sé; pero a mí, no me gustan tampoco. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA MATILDE y DON JUAN

Juan ¿Qué le pasa a Justina?... Me parece que se va llorando.

Mat. De la impresión que le han hecho las medias.

Juan ¡Matilde!

Mat. Deje usted ahí eso, hombre, que parece que me está usted citando a banderillas. (Se sienta en el sofá.) Mañana iré yo a cambiarlas por otra cosa.

Juan (Las deja sobre la cómoda.) Como usted quiera. (Se sienta en una butaca.) Pero, dígame usted Matilde, ¿qué le ocurre a Justina?

Mat. No se preocupe usted. Nada. Bobadas de chiquilla. Me quiere tanto, que se enternece cuando ve que alguien me obsequia y más si ese alguien es usted.

Juan No veo el motivo...

Mat. Es que por el gusto de mi hija yo no volvería a casarme. A la pobre se le va a hacer muy cuesta arriba los primeros días de mi matrimonio.

Juan Ya se acostumbrará.

Mat. Por eso me hubiera gustado que antes de casarme yo, se hubiese casado ella.

Juan ¿No tiene novio?

Mat. No, señor, ni lo ha tenido nunca. No vaya usted a creer que mi niña ha sido una de de estas locuelas que desde los catorce años están jugando a los amoríos. ¡Es tan formal, tan seriecita!...

Juan Sí, ya se la ve.

Mat. Y todo lo que tiene de juiciosa, tiene de trabajadora. ¡Cómo lava y cómo plancha, y qué bien cose y qué bien zurce!... ¡Y guisar, guisa mejor que yo!... Es toda una mujer de su casa. Crea usted que hará la felicidad del hombre que se case con ella.

Juan No lo dudo, como tampoco dudo que la mía la hará usted...

Mat. (Riéndose.) ¡Qué don Juan este!

Juan ¿Otra vez don Juan?...

Mat. (Rectificando.) ¡Qué Juan este!

Juan (Con desconsuelo.) Ay, Matilde...

Mat. ¿Qué le pasa a usted?

Juan ¿Qué quiere usted que me pase? Que veo que al cabo de tres meses no he ganado ni un palmo de terreno en su corazón. Mal paga usted mi cariño, yo me desvivo por compla-

cer a usted, por hacerme agradable a sus ojos. Ya ve usted, despedí a Bruno porque la presentó a usted la cuenta y a mi criada la puse de patitas en la calle porque me pareció que tenía usted celos de ella.

Mat. ¿Yo celos de Gregoria?... ¡Quiá!...

Juan Es verdad. No es usted celosa porque no me quiere. Yo en cambio la juro que... (Se inclina como para ponerse de rodillas.)

Mat. ¿Qué va usted a hacer?

Juan Coger este alfiler que hay en el suelo. (Lo coge y se lo prende en la solapa.)

Mat. ¡Siempre el mismo!..

Juan Y usted, siempre lo mismo.

Mat. Muchas gracias. ¿A que no sabe usted a dónde he ido esta mañana?

Juan ¡Qué sé yo!

Mat. A ver a una amiga mía para que me envíe a una mujer que conoce ella y que vende por las casas bordados para juegos de novia. ¿Qué le parece a usted?

Juan Lo de los juegos de novia me parece bien: pero dígame usted, ¿eso es del novio... o de la novia? (Refiriéndose al pago.)

Mat. Es cuenta mía, no se alarme usted. (Suena la campanilla.)

Juan Ahí está ya Faustino.

Mat. Pues hágame usted el favor de abrirle la puerta.

Juan Ya lo creo, con mil amores. (Hace mutis por la derecha.)

ESCENA V

DOÑA MATILDE, en seguida DON JUAN, y SIDORO y PAULINO por la derecha

Paul. (Dentro.) Güenos días.

Mat. ¡Dios mío! Ahí está Sidoro.

Paul. (Dentro.) ¿Me hace usté el favor de decirme si está en casa Matilde?

Sid. (Dentro.) Vamos, padre, menos preguntas. Cuélese usted.

Juan (Dentro.) O ga usted... (Salen los tres.)

Paul. ¡Matilde!...

Mat. Hola, tío Paulino.

Sid. Hola, Matilde...

Paul. Chica, qué lucida te has puesto desde que no nos vemos...

Sid. ¡Ya lo creo que está lucida!

Paul. Te digo lo mismo que la otra vez; no me atrevo a darte un beso...

Sid. Pues yo sí me atrevo, padre, ¿quiere usté ver cómo me atrevo?

Mat. No, tú no te atrevas.

Paul. ¿No te ha dicho tu hija que hemos estao antes?

Mat. Sí, ya me lo dijo.

Sid. (Bajo a Matilde.) ¿Quién es ese tío?...

Mat. Cállate. (Alto.) ¿Y a qué se debe el verles a ustedes por Madrid?...

Paul. Pues hemos venido a vender unas caballerías y a ver si coloco los cerdos de este año.

Mat. Usted siempre procurando ganarse una peseta.

Paul. No hay más remedio, hija. Hogaño ha sido muy malo pa nosotros. Se han perdío las aceitunas, se me ha muerto un burro, y pa fin de fiesta los cochinos han adelgazao unas cuantas arrobas. ¡Me voy convenciendo, chi ca, no se puen criar cerdos... con perdón de usted. (A don Juan.)

Juan Usted lo tiene.

Sid. (Bajo a Matilde.) ¿Quién es ese tío?

Mat. Y por el pueblo, ¿qué tal están?

Paul. Bien. Tós me han dao recuerdos pa ti.

Mat. Gracias.

Sid. ¿Pero no nos sentamos, padre?

Mat. Sí, hombre, eso iba yo a deciros. Siéntense.

Sid. (Matilde se aparta para sentarse en una butaca y don Juan se acerca a Sidoro que está hablando con su padre, y el paleto creyendo que tiene al lado a su prima, dice a Juan:) ¿Qué quién es ese tío?

Juan ¡Matilde!

Sid. ¡Ay, usted perdone!

Juan Haga usted el favor de presentarnos, porque este joven tiene deseos de conocerme.

Sid. Yo...

Mat. Es verdad. Don Juan, un buen amigo mío. Mi tío Paulino y mi primo Sidoro. (Don Juan da la mano a Paulino y cuando después va a dársela a

Sidoro, éste se dirige hacia su prima y le deja con la mano extendida. Paulino, dándose cuenta de ello, vuelve a estrechar la mano a don Juan.)

Sid. ¡Tu primo Sidoro!... Eso de primo lo has dicho con intención. ¿Se ha fijao usté, padre?

Mat. ¡Pero Sidoro!

Paul. No le hagas caso.

Sid. Sí, sí, yo parezco tonto, pero me chupo el dedo, vaya si me chupo el dedo. (Chupándoselo.) ¿Ves cómo me lo chupo?... (Se sienta en el sofá y Matilde en una butaca.)

Paul. (A don Juan.) Bueno, usté me dispensará que me quite el sombrero, pero es que hace mucha calor. (Se sienta en una butaca.)

Juan Sí, sí... (Se sienta junto al velador.)

Mat. Pues me ha sorprendido mucho la visita de ustedes.

Sid. ¿Te ha sorprendido, verdad? La ha sorprendido, padre.

Mat. Claro, yo no esperaba que ustedes vinieran a Madrid.

Sid. Ni yo tampoco; pero hemos venío y aquí estamos.

Paul. A la vista salta, hombre. (Pausa.)

Mat. Si quieren ustedes ver a Justina, en la cocina está.

Sid. Gracias, ya la hemos visto antes, y la hemos hablao. ¿No te ha contao lo que la hemos dicho?

Mat. Sí, sí... (A don Juan.) ¿Y usted qué dice?... ¿Cómo se ha quedado tan callado?...

Juan Estoy muy entretenido oyéndoles a ustedes. Estos señores son del pueblo de usted, ¿verdad?

Paul. Sí, señor; de Alfar de la Reina.

Juan ¡Alfar de la Reina!... ¿Hacia dónde cae?

Sid. ¿Usted sabe dónde está la estación de las Pulgas?

Juan Ya lo creo.

Sid. Pues toma usté el tren, se baja en una estación que tié un reló y una campana, tira usté por el camino de los pinares, sube usté la cuesta, pasa el puente y a mano derecha está el pueblo. No tié pérdida.

Mat. Está en la provincia de Toledo. Es un pueblecillo muy alegre.

Paul. Y célebre en la historia. Tiene un castillo que dicen y que lo hicieron los moros.

Sid. ¿Por qué no te vienes allí?

Mat. Ya iré.

Sid. ¿Cuándo?

Mat. Cuando pueda.

Sid. Es que a mí me hace falta que vayas pronto; pero no pa pasarte una temporada, sino pa vivir allí pa siempre.

Mat. (Bajo.) Cállate.

Sid. No, no callo. El señor parece que es de confianza. (Por don Juan.) ¿Verdá que es usté de confianza?

Juan Yo creo que sí.

Sid. ¿Leíste mi carta? Pues to lo que en ella te decía te lo repito ahora. Yo sigo como el primer día y si tú quieres...

Mat. (Rápidamente.) ¡Voy!... Con permiso de ustedes. Me llama mi hija. En seguida vuelvo.

Sid. Pero, oye...

Mat. Vuelvo en seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

DON JUAN, SIDORO y PAULINO

Sid. Pero escucha... (Llega hasta la puerta y se vuelve indignado.) ¡Maldita sea mi suerte, maldita sea la hora en que nací! (Se pega de bofetadas.)

Juan Pero joven.

Paul. (Con calma.) Déjele usté, así se desahoga.

Juan Ah, ¿así se desahoga?... Pero, ¿qué le ocurre?...

Paul. Cosas del querer, señor. El está enamorao; y ya sabe usté el refrán. El hombre es fuego y la mujer estopa; pero en esta ocasión no viene el diablo a soplar.

Sid. ¿Y pa esto he venío yo a Madrid?... ¿Y pa esto me he calentao yo los cascos escribiendo la carta?...

Paul. El tonto has sido tú en insistir. Ya te dijo antes Justina que Matilde no quería...

Juan Ah, vamos, ya caigo. Es de Justina de quien... Me habían puesto ustedes en cuidado.

Sid. ¿Por qué?

Juan Por nada. Yo, como usted ha supuesto antes, soy persona de confianza de la casa. Hace algún tiempo que conozco a Matilde y mis consejos pueden hacerla cambiar de opinión.

Sid. ¿De veras? Dios se lo pague. ¡Y yo que estaba deseando que se fuera usté pa hablar con mi prima sin arrodeos!...

Juan Pues no ha hecho falta, porque aquí estoy yo para arreglarlo.

Sid. (Apretándole con fuerza la mano.) ¡Muchas gracias!...

Juan Casualmente, Matilde me estaba diciendo antes que quería que se casase su hija antes que ella.

Sid. Güeno.

Juan De modo que la ocasión la pintan calva. ¿Usted quiere mucho a Justina?

Sid. Hombre, sí que la quiero.

Juan ¿Y ella le quiere a usted?

Sid. Creo que sí.

Juan Pues yo hablaré con su madre y antes de un mes están ustedes casados.

Sid. (Receloso.) ¿Pero usted cree que Matilde dirá que sí?

Juan Ya lo creo...

Sid. (Con alegría.) ¡Cuando lo sepan en el pueblo!... Voy a volverme loco. Yo marido de Matilde.

Juan De Justina, querrá usted decir.

Sid. No, señor, de Matilde.

Juan Pero, entonces he entendido mal; usted a quien quiere es...

Sid. A la madre, a mi prima... Y desde hace doce años na menos. Ella me ha despreciao siempre, pero ahora, gracias a usté... (Va a abrazarle y don Juan le detiene.)

Juan Un momento, un momento. Yo creí que era con Justina con quien usted quería casarse.

Sid. No, señor.

Juan (Con petulancia.) Ah, pues con Matilde no se haga usted ilusiones.

Sid. ¿Por qué?

Juan Psch, por cosas de la vida...

Sid. Ah, vamos, sí; ya caigo... (A Paulino.) Lo dice por lo del viejo.

Juan — ¿Qué viejo?...

Sid. — Un tío que la anda haciendo el amor y que quié casarse con ella. Y ya ve usted, creo que es un agüelo que no pué con los calzones.

Juan — (Tirándose de los pantalones.) Oiga usted, ese tío. .

Sid. — Ese tío, el día que se me ponga por delante, se queda sin narices. (Don Juan se separa prudentemente.) ¿Le conoce usted?

Juan — No... yo no.

Sid. — De manera que en qué quedamos, ¿hablará usted con Matilde?

Juan — Sí, yo la hablaré.

Paul. — Sí; usted que tiene confianza con ella puede animarla a que deje a ese vejestorio. Dígala usted que es un imbécil, un majadero...

Juan — Se lo diré, se lo diré.

Sid. — ¿Palabra?

Juan — Palabra.

Sid. — Entonces, vámonos, padre.

Paul. — ¿Cómo, sin aguardar a que salga Matilde?

Sid. — Sin aguardar a que salga. Ya que este señor es tan amable, mejor es que la hable él primero para preparar el camino, porque si la veo yo y me hace otro desprecio como el de antes no me voy a poder contener y la voy a dar un *tortazo*. A la tarde volveremos.

Paul. — Me traes como un zarandillo.

Sid. — Vámonos.

Paul. — (Da la mano a Hormiguita.) Güeno, pues tanto gusto.

Juan — Muchas gracias.

Sid. — (Apretándole con fuerza la mano.) ¡Conservarse güeno!

Paul. — Cuando salga Matilde la dice usted que nos hemos marchao.

Sid. — ¡Ya lo verá ella!

Paul. — Güenos días.

Juan — Vayan ustedes con Dios.

Sid. — (Empujando a Paulino.) Arre, padre, arre... (Vanse Paulino y Sidoro por la derecha.)

ESCENA VII

DON JUAN, en seguida DOÑA MATILDE por la izquierda

Juan — Pues, señor, bien. Esto sí que no me lo esperaba yo. ¡Vejestorio, abuelo!... ¡Y que la diga que soy un imbécil!...

Mat. — ¡Juan!

Juan — (Va hacia ella.) Matilde...

Mat. — No me cuente usted nada. Lo he oído todo.

Juan — ¿Desde la puerta?

Mat. — No, desde la cocina. A Sidoro se le oye desde todas partes.

Juan — Me ha engañado usted como a un chino.

Mat. — Eh, poco a poco. Yo no le he engañado a usted todavía.

Juan — ¿Cómo todavía?...

Mat. — En esto no ha habido engaño, y comprendería la indignación de usted si le hubiese dicho Sidoro que le había dado esperanzas alguna vez.

Juan — ¿O sea que nunca?...

Mat. — Nunca; ¿cómo quiere usted que se lo diga.

Juan — Matilde, júreme usted que aborrece a ese hombre.

Mat. — Tanto como aborrecerle...

Juan — Entonces es que le quiere...

Mat. — Sí, señor, ¿por qué he de negarlo? Le quiero como lo que es, como a un primo.

Juan — Es que de primo a novio no va más que un paso.

Mat. — Vamos, vamos, no sea usted celoso, que eso me disgusta mucho.

Juan — A mí también me disgusta muchísimo que...

Mat. — Desarrugue usted el entrecejo. Para demostrarle lo que es usted para mí y lo que le considero, voy a permitirme una libertad que no se la toleré a ningún hombre más que a mi marido. Abráceme usted.

Juan — (Anonadado.) ¿Cómo?

Mat. — (Indicando.) Pues así. Como se dan los abrazos.

Juan — ¡Matilde!

Mat. — Sin apretar mucho, ¿eh?

Juan — (La abraza.) ¡Matilde!...

ESCENA VIII

DICHOS y JUSTINA, que sale por la izquierda a tiempo de ver abrazados a don Juan y a doña Matilde

Jus. Mamá. (*Al verlos abrazados se vuelve de espaldas avergonzadísima.*) ¡Ay! (*Matilde y Juan se separan.*)

Mat. ¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa?...

Jus. A mí, nada.

Mat. (*A Juan.*) Ah, vamos, sí, la impresión. Le ha hecho mal efecto ver que usted me abrazaba. A mí también me ha dado vergüenza que nos haya sorprendido... Dígala usted algo para disculparme.

Juan Sí, sí... Dispense usted, Justina. Yo no quería, ha sido su mamá quien...

Mat. ¡Hombre!...

Juan Pero no se disguste. Yo le aseguro que seré un padre para usted. ¡Y la querré mucho!... La voy a regalar a usted un delantal que tengo en casa, procedente de un saldo, que es una preciosidad.

Jus. Muchas gracias. (*Suena la campanilla.*)

Mat. Abre, hija mía, que debe ser Faustino.

Juan Sí, él debe ser. (*Vase Justina por la derecha.*)

Mat. ¡Pobrecilla, es una santa!...

Juan Sí, una santa muy compungida.

ESCENA IX

DICHOS y JUSTINA. A poco GREGORIA por la derecha. Esta trae en la mano una caja grande de cartón

Jus. Mamá.

Mat. ¿Qué quieres?

Jus. Ahí está una mujer que viene preguntando por ti. Dice que la manda la señora de Huertas.

Mat. Ah, sí, la de los bordados. Dila que pase. (*Vase Justina.*)

Juan Si viera usted qué poco me gustan estas vendedoras ambulantes.

Mat. ¿Por qué?

Juan — Todo lo que llevan es caro y malo.

Mat. — Ahora veremos.

Juan — Por si acaso, regatee usted mucho. Por lo que pida ocho dela usted uno.

Greg. — (Desde la puerta.) ¿Se puede?

Mat. — Adelante.

Greg. — Buenos días. (Salen Gregoria y Justina.)

Juan — Pero cómo; ¿es usted?..

Greg. — Calle, don Juan, doña Matilde... Yo no sabía que era a su casa donde me había mandado la señora de Huertas. Como no estaba enterada de su apellido.

Mat. — Viuda de Más.

Greg. — (Con intención.) Eso, viuda de Más. Usted perdone que no la haya saludado, señorita Justina, pero como está el recibimiento tan obscuro, no la he reconocido.

Mat. — ¡Vaya con Gregoria!... Siéntese usted.

Greg. — Muchas gracias. (Se sienta junto al velador.) Pues aquí me tienen ustedes a su disposición.

Juan — ¿Pero desde cuándo se dedica usted a vender bordados?

Greg. — Desde hace dos meses.

Juan — ¿Y qué contribución paga usted?

Greg. — Ninguna.

Juan — ¡Qué escándalo!... Así es como se administra en España. Abre usted una tienda y tiene usted que dar tanto por la luz, tanto por los escaparates, tanto por el anuncio de la portada. ¡El delirio! Y, sin embargo, esta mujer que si a mano viene venderá más que yo, no paga nada...

Mat. — En todo pasa lo mismo, Juan.

Juan — Crea usted que me dan intenciones de cerrar la tienda mañana mismo y dedicarme a ir por las casas a vender refajos.

Mat. — ¡Haría usted un gran negocio!

Greg. — A mí no me va mal. Desde que me marché de su casa he prosperado mucho. Las primeras semanas pasé lo mío, pero luego me casé y me dediqué a correr bordados con mi marido.

Mat. — Ah, ¿se ha casado usted?

Greg. — Sí, señora. Y por la iglesia, no vaya usted a creerse.

Mat. — Ya me lo figuro.

Greg. En la parroquia de las chinches me uncieron con mi esposo.
Mat. Pues que sea enhorabuena.
Greg. Muchas gracias. Y vaya, voy a enseñarla a usted unos canesús que traigo para camisas de boda, que son una preciosidad.
Mat. No, yo no necesito camisas. Lo que yo quisiera es fleco para tohallas. ¿No tiene usted?
Greg. *¿Macramé?* Sí, señora, y muy bueno. En la maleta lo traigo. Voy a decir a mi marido que lo entre. (Se acerca a la puerta.) Chist, trae acá eso.

ESCENA X

DICHOS y BRUNO, por la derecha, con una maleta en la mano

Bruno Buenos días.
Juan ¡Bruno!...
Bruno Don Juan, muy buenos días, ¿cómo están ustedes?...
Mat. ¿Pero ha sido con Bruno con quien se ha casado usted?
Greg. Sí, señora. ¿No se lo habían maliciado ustedes?
Juan Yo no.
Mat. Ni yo.
Greg. Pues me extraña, porque cuando me despidió usted de su casa ya era cosa hecha; ¿verdad, Brunito?
Bruno Sí, señor... casi hecha.
Greg. Anda, sácate el *macramé* para tohallas.
Bruno El *macramé?* No lo he traído. Está en la maleta que hemos dejado en casa.
Greg. Vaya, por Dios. ¿Quiere usted que vaya éste por ella?
Mat. No, no, deje usted, otro día la traerá.
Bruno Como usted quiera. Entonces la vamos a enseñar a usted unos bordados para juegos de cama, que hemos recibido hace pocos días y que son monísimos. (Abre la maleta y los saca.) Aquí están.
Greg. Mire usted qué bonitos. Están bordados al realce por las Capuchinas del Perpetuo So-

corro de los caminantes extraviados. Estos se los podré dar muy arreglados; unos iguales la vendí ayer a la señora de Huertas. Y estos otros tampoco son caros. Lo mismo que estos... y que estos...

Mat. Estos son los que más me gustan.

Greg. Ya lo creo, como que son preciosos.

Mat. ¿Y a cuánto es la vara de éste?

Bruno Pues por ser para usted y para que vea que quiero servirla, se la pondré a cinco pesetas.

Juan ¡Vaya, esto sí que no puede ser!...

Bruno ¿Por qué no? son muy finos...

Juan El venderlo a ese precio es una estafa.

Greg. ¿Una estafa, a quién?

Juan Al comercio, que los vende más caros.

Greg. ¿Y yo qué culpa tengo?

Juan Pronto, recojan ustedes eso y márchense de aquí.

Bruno ¡Pero don Juan!

Greg. Pero oiga usted...

Mat. Un momento. (A don Juan.) Ya que se han molestado en venir aquí no puedo dejarles marchar sin comprarles algo. (A Gregoria) Corte usted dos varas.

Juan ¡Pero, Matilde!

Mat. (A Gregoria.) Corte usted dos varas.

Bruno Sí, señora, con mucho gusto.

Juan Matilde, a mí me parece...

Mat. Es un capricho mío, respételo usted...

Juan Bueno, lo respetaré.

Greg. (Cortando y dándole el género.) Ahí tiene usted...

Mat. Son diez pesetas, ¿verdad?

Greg. Sí, señora.

Mat. Juan, haga usted el favor de prestarme dos duros.

Juan ¡Dos duros!... ¡Dos duros yo!

Mat. Sí, hombre, no tengo aquí suelto. Mañana se los daré usted...

Juan Es que...

Mat. ¿Cree usted que no voy a devolvérselos?

Juan Por Dios, ¿qué he de creer eso?...

Mat. Pues déselos usted.

Juan Pero...

Mat. Déselos usted.

Juan Bueno, bueno. (Se echa mano al bolsillo.)

Bruno Son dos varas regaladas...

Juan — Tanto como regaladas... Bien podía usted ponerlas a cuatro pesetas.

Greg. — No puedo, es último precio. ¡Nos cuesta más!

Juan — Está bien, ahí va. (Le da el dinero.)

Greg. — Muchas gracias, señor. Y con el permiso de ustedes nos retiramos. ¿Quiere usted que volvamos luego con el *macramé?*

Juan — No, vuelvan ustedes cuando no esté yo.. ¡Porque a mí estas cosas me indignan!

Greg. — Entonces vendremos mañana. Tanto gusto en haberles visto tan buenos.

Mat. — Muchas gracias.

Bruno — Digo lo mismo que mi... señora.

Greg. — Hasta mañana.

Mat. — Sal a abrirles la puerta, niña.

Jus. — Voy, mamá.

Greg. — Hasta mañana.

Mat. — Adiós.

Bruno — Adiós. (Vanse Gregoria, Justina y Bruno por la derecha.)

ESCENA XI

DOÑA MATILDE y DON JUAN. A poco JUSTINA y FAUSTINO por la derecha. Juan saca un librito y apunta en él con un lápiz

Mat. — ¿Qué es eso?... ¿Qué escribe usted ahí?

Juan — Nada.

Mat. — ¿Cómo que nada? ¿A ver?...

Juan — Deje usted; son cosas mías... No tiene importancia

Mat. — Permítame usted. (Lo coge y lee.) Mi adorada Matilde... (Alto.) Hombre, esto está bien. . (Lee.) Me debe diez pesetas...

Juan — ¿Ve usted...? No tiene importancia.

Mat. — ¡Pero, hombre! ¿Por qué apunta usted eso, por si se me olvida?...

Juan — No, por si se me olvida a mí; como tengo tan mala memoria.

Mat. — Jesús. ¡Es usted incorregible!

Faus. — (Desde la puerta.) ¿Se puede?

Mat. — Adelante, Faustino, adelante. (Salen Faustino y Justina.)

Faus. — Doña Matilde, que los tenga usted muy felices.

Mat. Muchas gracias.

Juan ¿Cómo has tardado tanto?

Faus. Porque estaba la peluquería llena de gente. ¡Como es domingo!

Mat. Bueno, pues ya que estamos todos, voy a echar el arroz para ponernos a comer a las dos en punto.

Juan Me parece muy bien.

Mat. (A don Juan.) Mientras tanto, lo que puede usted hacer es ir a la confitería de la esquina y comprarnos medio kilo de dulces para postre.

Juan ¡Qué falta nos hacen los dulces!

Mat. Es que a mí me gustan mucho.

Juan A mí no. Y le advierto a usted que dicen que comiéndolos se pican los dientes.

Mat. No haga usted caso de eso. Ande, vaya usted a buscarlos.

Juan Bueno, iré por el cuarto de kilo...

Mat. No, medio; medio kilo.

Juan Es igual.

Mat. No, no es igual. Vuelva usted pronto.

Juan En seguida. Hasta luego. (Vase por la derecha.)

Mat. Adiós. Yo, con el permiso de usted, voy a poner el arroz.

Faus. Sí, señora; no faltaba más.

Mat. Justina, quédate tú aquí haciendo compañía a Faustino.

Faus. Muchas gracias, que no se moleste por mí.

Mat. No es molestia. Tiene mucho gusto, ¿verdad, Justina?

Jus. Sí, señor; mucho gusto.

Mat. En seguida soy con usted. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

JUSTINA y FAUSTINO

Al quedarse solos permanecen silenciosos unos instantes. Al fin Justina habla

Jus. ¿No se sienta usted?

Faus. (Sentándose.) Muchas, gracias... (Pausa.) Hace calor hoy, ¿verdad?

Jus. Sí, hace calor. (Pausa.)

Faus. Si tiene algo que hacer no se moleste por mí. ¡Entre nosotros no debe haber cumplidos!

Jus. Tiene usted razón; pero yo deseo hablar claramente con usted, decirle sin rodeos lo que ocurre, poner en claro las cosas para que no me juzgue usted mal.

Faus. ¿Yo a usted?...

Jus. Sí, es inútil que trate usted de disculparse conmigo. Yo me hago cargo y no me extraña su actitud. (Se sienta.) Quiero muchísimo a mi madre, por ella sería capaz de los mayores sacrificios; pero por eso no dejo de comprender que lo que hace está muy mal hecho...

Faus. ¡Como lo que hace mi padre!

Jus. Si usted supiera las lágrimas que me cuesta esa boda que quieren realizar. ¡A mí me parece una locura!

Faus. Una barbaridad.

Jus. Y aunque esté mal que yo lo diga, de todo tiene la culpa mi madre.

Faus. Perdone usted, Justina; la culpa es de mi padre.

Jus. No, señor; porque si ella no le hubiera hecho caso...

Faus. Y si él no la hubiera hablado...

Jus. Pero al fin y al cabo mi madre... es mi madre.

Faus. Y mi padre es... mi padre.

Jus. ¡Yo le juro que no he tomado parte ninguna en este asunto!

Faus. Lo mismo que yo. Y si he venido hoy aquí ha sido porque me ha obligado mi padre.

Jus. Y yo si les pongo buena cara, si estoy amable con ustedes es porque me obliga mi madre.

Faus. ¡Justina, yo no tengo la culpa!

Jus. Por Dios, no se incomode usted conmigo. Ya sabe usted lo que quiero decir. Por lo demás usted me es muy simpático.

Faus. Muchas gracias.

Jus. Y su padre, si no fuera por lo que es, también es muy agradable.

Faus. Como doña Matilde...

Jus. Antes de que empezasen a interesarse el uno por el otro, no puede usted figurarse lo que me gustaba ir a la tienda de ustedes.

Faus. Y a mí verles a ustedes por allí.

Jus. Sin saber por qué ¡me ponía más contenta cuando mamá me mandaba a comprar algo!

Faus. Y yo tenía una satisfacción cuando la despachaba a usted.

Jus. Entraba en la tienda y no sabía salir de allí.

Faus. Y yo, para retenerla a usted más tiempo la iba enseñando telas y más telas... Porque entonces me hacía unas ilusiones que luego he visto que son imposibles de realizar. Si mi padre... no fuera mi padre, tal vez me hubiera decidido a probar fortuna y hubiese hablado y me hubiese escuchado usted...

Jus. ¡Faustino!...

Faus. Pero nuestros padres se pusieron por medio y han elevado entre nosotros una muralla. Porque... usted y yo vamos a ser hermanos.

Jus. Sí, señor: hermanos...

Faus. (Muy compungido.) Y yo tendré que ser un hermano para usted.

Jus. (Levantándose.) Y yo para usted una hermanita...

Faus. Justina...

Jus. Faustino...

Faus. (Se levanta.) ¡Qué rabia, verdad?

Jus. ¡Sí, señor; qué rabia!

Faus. Ese parentesco echa por el suelo todas mis esperanzas, porque si no fuéramos a ser hermanos yo me atrevería a decir a usted...

Jus. ¿Qué?

(Aparece Matilde por la izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA MATILDE por la izquierda

Mat. ¿Que la quiere usted con toda su alma? ¡Pues atrévase usted, hombre! No hay inconveniente ninguno.

Jus. ¡Mamá!

Faus. ¡Doña Matilde!

Mat. Gracias a Dios, hijo. ¡Cuidado que ha tardado usted tiempo en desembuchar!...

Faus. No, si no he sido yo el que...

Mat. ¡No hay que asustarse! Aquí no ha ocurrido

más que una cosa muy natural. Un hombre que quiere a una mujer y que se lo dice.. ¡La cosa no tiene importancia!

Faus. Es que nosotros...

Mat. Ustedes no tienen nada que hacer. Yo me encargo de todo.

Faus. Pero... (Suena la campanilla.)

Mat. Haga usted el favor de abrir la puerta, que ese debe de ser su padre.

Faus. Sí, señora.

Mat. ¡Y mucho ojo con lo que se habla!

Faus. Descuide usted. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA MATILDE y JUSTINA. A poco DON JUAN y FAUSTINO por la derecha. Aquél trae en la mano un envoltorio pequeño

Mat. (Abrazando a su hija.) Ven acá, hija mía...

Jus. ¡Mamá!

Mat. Tenía la más completa seguridad de que esto tenía que suceder. Hablabas antes de sacrificios... No lo olvides nunca, lo que no hace una madre por una hija no lohace por nadie.

(Salen Juan y Faustino.)

Juan Aquí está ya el postre. No dirá usted que he tardado.

Mat. No, señor. Así me gusta. ¿Trae usted muchos acaramelados?

Juan No, acaramelados, no traigo ninguno.

Mat. ¡Vaya por Dios! Con lo que a mí me gustan. ¿Entonces le han puesto a usted yemas?

Juan No, yemas tampoco.

Mat. ¿Pues qué le han dado a usted?

Juan Mire usted. (Desenvuelve el paquete y muestra seis magdalenas.)

Mat. ¡Hombre, por Dios, seis magdalenas!

Juan Muy tiernecitas, son de la última hornada.

Mat. Es usted de lo que no hay, y ésta última tacañería no se la paso a usted de ninguna manera.

Juan Pero...

Mat. Dele usted dinero a Faustino y que vaya él por los dulces...

Juan ¿Y qué hacemos entonces con las magdalenas?...

Mat. Comérnoslas también.

Juan Bueno, bueno. (Da dinero a Faustino.) Toma, hijo. (Bajo.) Trae cuarto kilo, solo cuarto kilo.

Mat. (A Faustino.) Vuelva usted pronto, para ponernos a comer en seguida.

Faus. Al momento. (Vase por la derecha.)

Mat. (A Justina.) Tú, hija mía, vete a poner la mesa, que yo tengo que hablar con don Juan. (Vase Justina por la izquierda.)

ESCENA XV

DOÑA MATILDE y DON JUAN

Juan ¿Qué tiene usted que hablar conmigo?

Mat. Sí, señor. Y de una cosa muy seria.

Juan Me asusta usted. ¿Se ha incomodado conmigo por lo de las magdalenas?

Mat. No, señor; ¿quién piensa en eso ahora?... Es por otra cuestión bastante más grave. (Se sienta junto al velador.)

Juan Usted dirá.

Mat. Don Juan...

Juan Juan, llámeme usted Juan. (Se sienta.)

Mat. Don Juan. Se ha portado usted muy mal conmigo..

Juan ¿Yo con usted?...

Mat. Sí, señor...

Juan No sé en qué he podido incomodarla.

Mat. Usted me ha dicho varias veces que para mí no tiene secretos.

Juan Y es verdad, Matilde.

Mat. Es mentira, don Juan...

Juan Yo le aseguro a usted que...

Mat. No sé qué se proponía usted ocultándome una cosa que más tarde o más pronto había yo de saberla.

Juan ¿Pero a qué se refiere?

Mat. ¿A qué me refiero? ¡Basta de hipocresías! Me he enterado de todo.

Juan Hágame usted el favor de hablar claro, Matilde. ¿De qué es de lo que se ha enterado usted?

Mat. De lo de los chicos...
Juan ¿De qué chicos?
Mat. De los nuestros.
Juan ¿Y qué es lo de nuestros chicos?..
Mat. Que se quieren.
Juan ¿Eh?
Mat. Acabo de sorprenderles hablándose de amor y jurándose cariño eterno.
Juan ¿Cómo? (Se levanta.)
Mat. Y eso me ha molestado muchísimo, porque lo primero que debió usted hacer al enterarse de que Faustino estaba enamorado de mi hija, fué decírmelo. (Se levanta.)
Juan Pero, Matilde: ¿está usted segura de que nuestros hijos se quieren?
Mat. ¿No le digo a usted que acabo de sorprender una conversación suya?
Juan Ah, pues yo le juro a usted que lo ignoraba en absoluto. Yo hablaré con Faustino y le aseguro que no volverá a pensar en ella.
Mat. Bonita manera de arreglarlo todo: destrozando el corazón de mi hija. Es usted el único para solucionar conflictos, porque ¿quién me dice a mí que la pobre no enferma de tristeza y se me muere?... (Se sienta en una butaca.)
Juan ¡No, que va a morirse!...
Mat. Es que mi hija es tan sensible....
Juan Pero qué demonio, no es a la primera a quien le pasa una cosa así.
Mat. Mire usted, Juan; para arreglar este asunto no veo más que una solución.
Juan ¿Cuál?
Mat. Casar a los chicos.
Juan ¡Pues vaya una solución!
Mat. Ah, ¿no le parece a usted bien?
Juan No, señora.
Mat. ¿Ah, sí?...
Juan Faustino, gracias a lo ahorrador que he sido yo siempre, tendrá el día que me muera un capitalito y puede aspirar a casarse con una muchacha rica. Porque, hay que desengañarse, el dinero es la felicidad... ¡Y como ustedes no lo tienen!...
Mat. Dice usted bien. (Se levanta.) No insisto más.
Juan ¿La he convencido a usted?

Mat.	Ya lo creo; de tal manera que desde este momento quedan terminadas nuestras relaciones.
Juan	Pero Matilde...
Mat.	Usted lo ha dicho. Sin dinero no hay felicidad, y yo no tengo un cuarto...
Juan	Oh, ese ha sido un pretexto para dejar sus relaciones conmigo.
Mat.	Se engaña usted, porque ya había llegado a tomarle cariño.
Juan	¿A tomarme cariño?
Mat.	Sí, señor, y todas las noches soñaba con usted.
Juan	¡Qué felicidad!... ¡Soñaba usted conmigo! ¿Y qué era lo que soñaba?
Mat.	¡Qué le importa a usted ya!
Juan	Ya lo creo que me importa. ¡Y yo que me creía!... Matilde, no nos precipitemos. Deme usted unos días para pensarlo.
Mat.	No, señor.
Juan	Entonces... ¡qué demonio!... Al fin y al cabo...
Mat.	Hay muchas mujeres, ¿verdad?... y muchos hombres. ¿Quedó en volver luego Sidoro?...
Juan	Matilde, eso no... Yo la quiero a usted y estoy dispuesto a complacerla en todo, ¡hasta en eso! ¡Que se casen los chicos!...
Mat.	¿De verás?...
Juan	Sí, señora. Pueden contar con mi consentimiento. El de usted ya lo tienen, de manera que...
Mat.	No, el mío todavía no.
Juan	Pero se lo dará usted.
Mat.	Según y cómo. (Se sienta junto al velador.) Sepamos, ¿con qué cuenta Faustino?
Juan	Con mi tienda.
Mat.	Que no será suya hasta el día en que usted se muera.
Juan	Claro que no.
Mat.	O sea que por ahora tendrá que vivir a expensas de usted.
Juan	Es natural.
Mat.	Pues no me conviene. (Se levanta.) Yo no caso a mi hija con un dependiente de comercio. A menos que se decida usted a ser compla-

ciente con su hijo y le ponga esa tienda, que tantas veces le ha pedido.

Juan ¿Pero Matilde, se está usted burlando de mí?

Mat. No, señor, le hablo en serio.

Juan ¿Usted sabe lo que me pide? ¿Usted sabe lo que costaría poner esa tienda?

Mat. Cinco mil duros, sobre poco más o menos...

Juan Y lo dice usted con esa tranquilidad. ¡Cinco mil duros!...

Mat. Ese es el precio de la felicidad de su hijo y de mi blanca mano. ¿Es cara?

Juan ¡Ya lo creo!... Veinticinco mil pesetas por una mano...

Mat. ¡Pues no bajo ni un céntimo!

Juan ¡Matilde!... Piense usted que me ha costado mucho trabajo reunir el dinero.

Mat. Y a mí mucho trabajo criar a mi hija. Sidoro lo sabe.

Juan ¡No me hable usted más de Sidoro!...

Mat. Es mi primo y... ¡quién sabe!...

Juan Matilde. (Haciendo un esfuerzo supremo.) ¡Se casarán nuestros hijos, pondré la tienda y hasta, si usted me lo manda, saldré a la calle a tirar perras chicas a los golfos!.. Hace usted de mí lo que quiere.

Mat. ¿De verdad?

Juan De verdad. Pero dígame usted la fecha de nuestra boda.

Mat. Al mes siguiente de casarse nuestros hijos.

Juan Pues el mes que viene se casan.

Mat. Después de ponerle la tienda...

Juan Sí, señora, después.

Mat. (Dándole la mano.) Es usted todo un hombre.

Juan Lo era. Ahora y en manos de usted, soy un trapo.

(Suena la campanilla.)

ESCENA XVI

DICHOS y JUSTINA que sale por la izquierda

Juan Escuche usted, Justina. Acabo de decir a su mamá...

Mat. (Imponiéndole silencio.) Chist. Vé a abrir la puerta, hija mia.

Jus. Voy. (Vase por la derecha.)

Juan ¿Pero por qué no me ha dejado usted decírselo?

Mat. Porque no. Y a Faustino ni una palabra tampoco. Guardémosle esa sorpresa para los postres.

Juan Les va usted a cortar la digestión.

Mat. No lo crea usted.

ESCENA XVII

DOÑA MATILDE y JUAN y FAUSTINO y JUSTINA que salen por la derecha

Faus. Ya están aquí los dulces.

Mat. Ea, pues a la mesa. Faustino, dé usted el brazo a Justina.

Faus. Con mucho gusto. (Se lo da y vase con ella por la izquierda.)

Mat. Juan...

Juan Ah, sí. (Se coge del brazo.)

Mat. ¡Qué pareja hacen!, ¿verdad?...

Juan Sí. ¡Una pareja que me cuesta cinco mil duros! (Deteniendose.) ¡Matilde!...

Mat. Vamos, vamos al comedor, no dejemos solos a los tortolitos.

Juan Es verdad; pero antes...

Mat. ¿Qué?

Juan ¡Otro abrazo! ¡Me parece que bien me lo merezco!

Mat (Sonriendo.) Sí, hombre, sí.

Juan (Abrazándola.) ¡Ay, Matilde!...

Mat. ¡Ay, Juan!...

Juan ¡Pobre Hormiguita!...

(Se encaminan hacia la izquierda. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Madrecita.—Cuadro de comedia, en prosa.

El nido de la paloma.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

La leyenda del maestro.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

El redil.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

Hormiguita.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

PRECIO: 1,50 PESETAS